

Ministerio de Cultura  
Ministerio de Educación y Ciencia

# LA ALHAMBRA Y EL GENERALIFE DE GRANADA

Fernando Aznar



Serie MONUMENTOS DECLARADOS DE INTERES MUNDIAL POR UNESCO

© MINISTERIO DE CULTURA

Texto, ilustraciones y realización: Fernando Aznar.

Documentación histórica: Enrique Fraguas y Paz Montalvo.

Fotografías: Ricardo Aznar.

Primera edición: Abril 1985. Tirada: 10.000 ejemplares.

Edición a cargo del Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia.

Impreso en España por MARIARSA impresores.

I.S.B.N.: 84-369-1186-5.

Depósito legal: M. 14.359-1985.

La presente colección ha sido fruto de la colaboración entre los Ministerios de Cultura y Educación y Ciencia. Educación y Cultura son dos aspectos inseparables en el ser humano y era el propósito de ambos Organismos sensibilizar al mayor número posible de personas hacia la importancia de su Patrimonio Cultural. Por ello, comenzando por aquellos monumentos que han sido declarados por la UNESCO como Patrimonio Mundial, se ha iniciado una publicación que desea mostrar no sólo como son los monumentos sino el entorno histórico y social en el que fueron realizados.

# La Alhambra y Generalife de Granada

## Introducción

El visitante que recorre La Alhambra con la mente abierta a todo lo que contempla no sabe si admirar la genialidad de su construcción o el hecho de que haya sobrevivido al paso del tiempo.

Porque, dada la trayectoria de la Alcazaba granadina desde que sus primitivos dueños la abandonaron a la fuerza, lo verdaderamente meritorio es que nos haya llegado tal como está.

Quinientos años de catástrofes —incendios, terremotos, etc.— a los que se unen la incultura, dejadez e insidia de sucesivas generaciones, se han empeñado en acabar con un monumento resistente a la desaparición.

Hasta la primera mitad del siglo pasado, la decadencia de La Alhambra fue progresiva. Ni su utilización como residencia circunstancial de la Corona frenó esa decrepitud constante.

Fue, paradójicamente, durante la regencia de la última esposa de Fernando VII, María Cristina de Borbón, cuando se acometen, en

1833, las primeras obras serias de restauración. No siempre afortunadas e influenciadas por las modas, las sucesivas reformas han ido reconstruyendo La Alhambra que en su día fue. A partir de la segunda mitad de nuestro siglo se impone el rigor frente a las visiones ideales de un monumento demasiado envuelto en leyendas originadas por la rareza que supone pertenecer a una cultura ya desaparecida en Europa.

Actualmente La Alhambra se levanta, arropada por el reconocimiento universal, como el testimonio de un mundo que supo hacer de la vida cotidiana un gozo constante. Levantada según la voluntad de cada uno de sus artífices, sin ningún afán de inmortalidad, despreciando el sentido dinástico de las construcciones occidentales, su pervivencia es una manera de contradecir sus orígenes: ningún sultán granadino construyó para la eternidad. A lo sumo, para él y su familia.

Quedando en pie nos muestra la razón última que dictó su levantamiento, haciéndonos comprender mejor una cultura que, por haber

sido derrotada por los avatares históricos, tiene escritas sus vivencias por los vencedores.

Considerada el palacio más refinado que la Historia ha legado al hombre, La Alhambra es uno de los testimonios más vivos del respeto que se debe a todas las culturas que nos precedieron en su paso por nuestro suelo y que, sin quererlo, nos han ido conformando día a día.

Sólo por este motivo hay que agradecer la pervivencia de un monumento que, aunque lejano en el tiempo, se no muestra de una contemporaneidad asombrosa.

Restituida en su esplendor original y rodeada por una ciudad que guarda aún parte del pasado compartido con ella, La Alhambra es visita obligada de todo aquel que quiera comprender una historia no siempre objetivamente explicada, rastreando en sus patios y estancias las sombras de una cultura y unos anhelos no tan lejanos como nos parecen.

# El reino de Granada

## Las taifas y la unificación almorávide

Cuando en el año 1002 muere Almanzor, primer ministro del califa Hixam II, se produce el desmembramiento cordobés. Almanzor fue lo que hoy se considera un dictador. Tal fue su poder que sus hijos y partidarios no pudieron llenar el vacío creado a su muerte.

Bastaron treinta años para que la división se consumara. Cerca de cincuenta taifas se repartirán el califato según el poder económico y militar de cada señor local frente a una España cristiana no menos dividida y sí mucho más empobrecida por carecer de una base económica tan sólida como la musulmana.

Esa diferencia económica marcará las relaciones cristiano-islámicas durante el período de taifas. Refinados, pacíficos y con una altura cultural muy superior a la de sus vecinos norteños, los reyes musulmanes habrán de pagar grandes cantidades de oro para mantener sus fronteras. Los tributos o «parias» posibilitarán las primeras acuñaciones monetarias de los monarcas cristianos, cuya solvencia económica era mínima antes de producirse esta situación.

El enriquecimiento cristiano desarrollará sus contactos con Europa. Fenómenos como el cambio en el rito ceremonial religioso o la unificación de las reglas monásticas para poner fin a un estado de cosas no demasiado edificante siguiendo las normas del concilio de Letrán (1059), acabarán introduciendo en España a los monjes cluniacenses, dependientes de la Santa Sede, desterrando la atomización religiosa y equiparándonos a Europa en cuanto a culto y normas en detrimento de la tradición mozárabe.

Esta incorporación europea irá alejando gradualmente a los reinos cristianos del mundo musulmán. Aunque el concepto de Reconquista no haya nacido todavía, la fractura empieza a notarse.

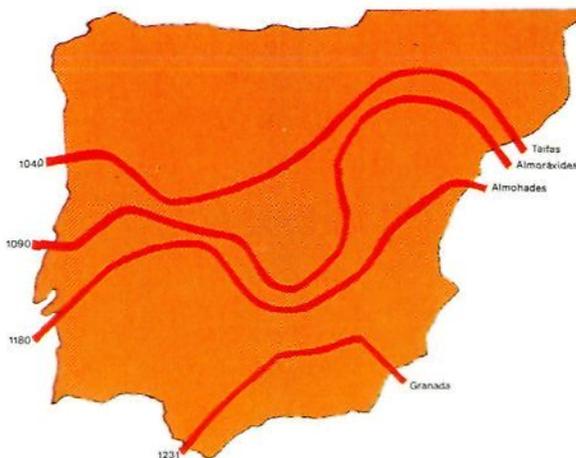
Los complicados usos cristianos sobre la herencia, tendentes a repartir los reinos entre los herederos a la muerte del soberano, se verán poco a poco amortiguados por la acción de facciones más poderosas que otras que, en la segunda mitad del siglo XI, concretarán unos reinos fuertes y cohesionados, destacando sobre los demás los de Portugal, León, Castilla, Aragón y los Condados Catalanes.

Esta fuerza posibilitará la anexión de la taifa musulmana de Toledo por Alfonso VI de Castilla en 1085, desplazando la línea fronteriza hasta la ribera del Tajo.

El hecho sembró la inquietud en la España musulmana, pero sobre todo en la taifa sevillana, la mayor en extensión. Nacida por la anexión de otras más pequeñas como las de Arcos, Algeciras, Ronda, Morón y Carmona, compartía fronteras con el reino toledano en gran parte de su zona norte.

El soberano sevillano, el gran poeta Al-Mutamid, tan poco dado a las acciones guerreras con el resto de los reyes andalusíes, tomó la decisión de llamar en su auxilio al poderío almorávide que se había gestado en el Magreb cincuenta años atrás.

Los almorávides o al-murawit eran bereberes procedentes del sur marroquí, habituados a la vida nómada y dura del desierto. Seguidores de un jefe tribal, Yahya ibn Ibrahim que, después de peregrinar a La Meca a comienzos del siglo XI, supo reunir a su alrededor a un buen número de clanes norteafricanos, se lanzan primero a la conquista magrebí, fundando ciudades como Marrakesh o Tlemcen, para luego pasar a Al-Andalus con la coartada de auxiliar al rey sevillano.



A la izquierda, los avances reconquistadores sobre la España musulmana hasta dejarla circunscrita al reino granadino. A la derecha, dos soldados de infantería granadinos, de la época inmediatamente anterior a la caída de Granada. Si exceptuamos el turbante, su aspecto es similar al de las tropas cristianas. El escudo, adornado con borlas, se mantendrá con esa forma en Castilla y Aragón hasta el siglo XVI. El soldado de la derecha va armado con ballesta y protegido por un chaleco de cuero.

Luego de vencer a los ejércitos cristianos en Sagradas (1086), su emir Yusuf ibn Tafsún unificará bajo el mando almorávide toda la España musulmana. La intransigencia y primitivismo religioso de estos nuevos señores acabará por separar dos conceptos de vida que hasta ese momento habían coexistido a pesar de los altibajos guerreros.

Desconocedores del árabe, impondrán el uso de su dialecto, desterrando la lengua romance hispano-musulmana similar a la usada por la población de los reinos cristianos. Sin una cultura propia que oponer a la madurez intelectual andalusí, sabrán aprovecharse de los cuadros políticos españoles para cimentar su poder, llegando a poner de su parte al clero musulmán.

La esencia bereber será la causa de la caída almorávide. El concepto tribal, las rencillas entre clanes y una individualidad exacerbada harán que a la muerte de Alí ibn Yusuf, sucesor de Tafsún, el Islam peninsular se vuelva a fragmentar en unas segundas taifas.

Esta división coincidirá con el nacimiento en Marruecos de un nuevo concepto islámico opositor del almorávide y conocido por almohade.

## Los almohades

Los al-muwahhidim o almohades representaban el descontento de los bereberes de la montaña contra los del desierto. Arropados en doctrinas religiosas que afirmaban la unidad de Dios —almohade significa unitario— y opuestos a la intransigencia primitivista de los juristas almorávides se lanzarán a la conquista del Magreb, tomando Marrakesh en 1146 y pasando luego a la Península Ibérica.

En una serie de campañas, fijan las fronteras andalusíes frenando el avance cristiano y llegando temporalmente hasta Avila.

En 1195 vencen a Alfonso VIII de Castilla en Alarcos.

La estabilización del avance cristiano se agudiza con el cerco a Toledo durante un año por parte del emir Ibn Yusuf Yaaqub, constructor de la Giralda, que, aunque no toma la ciudad, hará caer en manos musulmanas gran parte de las tierras centrales castellanas y extremeñas.

Los avances almohades hacen recapitular a los monarcas cristianos. La idea reconquistadora surgida anteriormente coincidiendo

con el concepto europeo de Cruzada, posibilita la realización de una acción conjunta frente al Islam que se concreta en 1212 en la batalla de Las Navas de Tolosa.

El ejército coaligado de castellanos, aragoneses y navarros al mando de sus respectivos reyes y con el patrocinio del Papa Inocencio III que en último momento catalogó de Cruzada a la campaña, vence a los almohades de forma estrepitosa. El descalabro musulmán fue tan grande que la cantidad de oro capturado por los cristianos hizo caer el precio del metal en Europa. El Islam nunca se repondrá de esta catástrofe. A partir de entonces, el avance cristiano será incontenible.

El emir al-Nasir ha de huir a caballo del campo de batalla, refugiándose en Marruecos, donde morirá un año más tarde.

Los almohades se mantienen precariamente en el poder. Mínados por las luchas intestinas, desaparecerán hacia el año 1269 con la decapitación de su último emir.

## El reino granadino

La descomposición musulmana fue aprovechada por el centro peninsular y más concretamente por Fernando III de Castilla. Atomizados los almohades y faltos de un poder central, los distintos caudillos se harán la guerra entre sí apelando a la ayuda del monarca castellano según las circunstancias. Este supo aprovecharse de esta debilidad hasta lograr la conquista de Sevilla en 1248. Antes había caído Córdoba y toda la parte occidental de Andalucía. El Islam se replegaba inexorablemente. Valencia es tomada por los aragoneses en 1238 y Murcia hacia la mitad del siglo, aunque definitivamente en 1264.

No queda por conquistar más que la zona oriental de Andalucía. Su pervivencia islámica se alargará durante más de doscientos cincuenta años como recordatorio de un tiempo ya extinguido e imposible de retomar.

La génesis del sultanato granadino se debe a la habilidad de un noble árabe señor de la comarca de Arjona, al norte de Jaén, perteneciente al clan de los Banu al-Ahmar y llamado Muhammad ben Yusuf ben Nasr.

Aprovechando las luchas de las múltiples facciones en disputa, ben Nasr entrega a Fernando III la plaza de Jaén y sus comarcas adyacentes a cambio de conservar el dominio sobre las que hoy son las provincias de Málaga, Granada y Almería.

El monarca castellano-leonés acepta el trato a cambio del vasallaje del rey musulmán y la entrega de un cuantiosísimo impuesto anual. Así nace en 1231 el reino granadino.

Con la óptica deformadora con que durante tanto tiempo nos han hecho ver nuestra Historia, es difícil comprender la supervivencia de Granada en una península mayoritariamente cristiana. Pero el antagonismo-entre dos mundos opuestos no fue tal. Al contrario, las relaciones entre ellos hicieron de la complementariedad la norma habitual de conducta. Exceptuando el paréntesis almorávide, que creó cierta tirantez por el integrismo norteafricano, el resto de lo que tradicionalmente se nos ha hecho conocer como Reconquista no fue tal. Las campañas cristianas contra Al-Andalus no iban dirigidas a propagar ninguna fe, sino a arrancar parte de las inmensas riquezas que se generaban en la sociedad islámica frente a unos vecinos que basaban su economía en la agricultura de subsistencia y en la ganadería.

Sólo con las reminiscencias de la predicación de las Cruzadas en Europa nació cierto sentimiento reconquistador en los reinos cristianos peninsulares.

Dos ejemplos pueden clarificarnos parte de lo expuesto: cuando se predicaban las primeras Cruzadas en Europa, los monarcas españoles hacen caso omiso a las recomendaciones papales que les instan a la conquista de las taifas por no encontrar motivo religioso suficiente para atacarlas, amén de la necesidad que tenían de sus tributos para subsistir.

Otro ejemplo puede ser el abandono del ejército expedicionario francés antes de entablar la batalla de Las Navas de Tolosa al no comprender la tolerancia y humanidad con que los cristianos españoles trataban a los prisioneros y sus bienes: ellos venían a degollar y saquear y se encontraron con unas gentes que habían desterrado la política de «tierra quemada» practicada por la Cristiandad en Tierra Santa.

Sobre esta filosofía y gracias a los tributos pagados anualmente a los monarcas castellanos podemos comprender la supervivencia granadina. El dinero que fluía a las arcas cristianas procedente de Granada era tan importante como los intercambios comerciales entre los industriales hispano-musulmanes y sus clientes norteños, incapaces de producir tejidos y manufacturas tan perfectas como las granadinas.

## La sagacidad diplomática

Los nasrís o nazaritas fueron conscientes de su debilidad desde un primer momento. A caballo entre Europa y África, mantuvieron un equilibrio constante entre los dos mundos en lo que luego se denominó la «política del Estrecho».

La diplomacia y su importancia comercial hizo que Granada pudiera vivir con relativa tranquilidad hasta la implantación del poder central en las coronas castellano-aragonesas. Hasta entonces, los nazaritas habían sido unos fieles aliados de Aragón, con algunos altibajos, en sus luchas frente a los castellanos, enemigo común de los dos reinos. Con la unión de las dos coronas bajo Fernando II de

Aragón e Isabel I de Castilla, Granada caerá ante la agresividad de la política desplegada por estos soberanos.

La existencia de Granada se caracterizó interiormente por las continuas pugnas entre la dinastía y la nobleza, irreconciliables casi siempre.

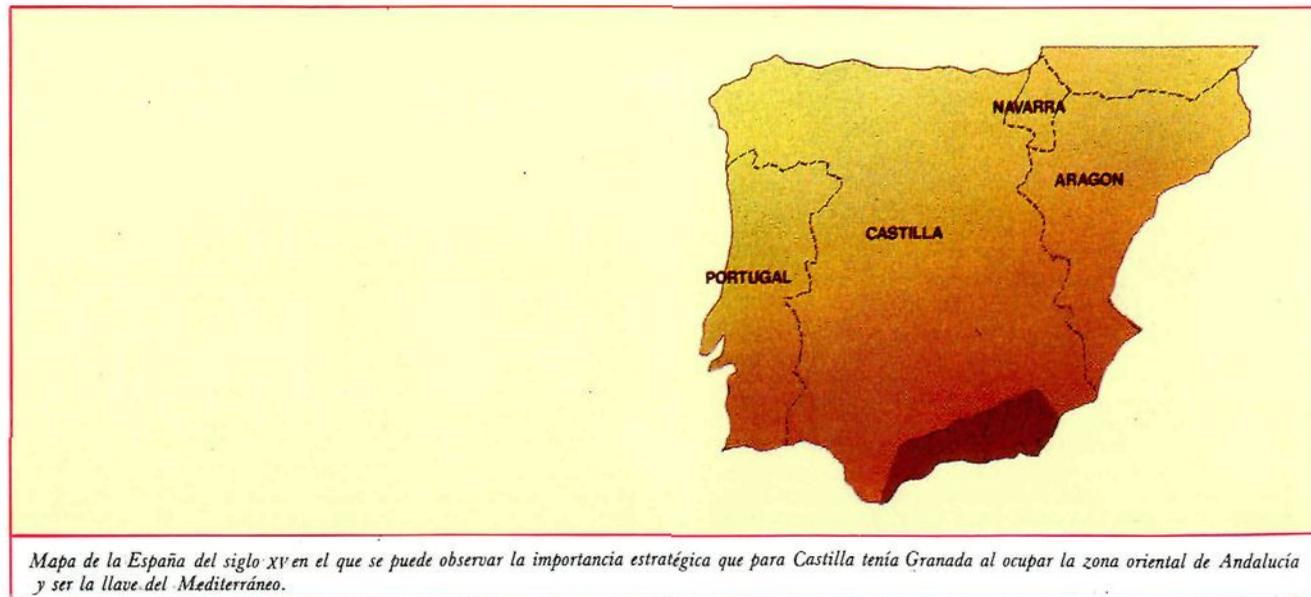
De no haberse dado el mismo fenómeno en los reinos cristianos, Granada hubiera caído víctima de sus contradicciones. Pero esas contradicciones fueron la norma habitual de la política en la Baja Edad Media.

La clave de su conquista en 1492 puede estar en que, mientras los monarcas cristianos resolvieron el conflicto a favor de un poder central autoritario domador de la nobleza y el clero, los reyes nazarís no pudieron imponerse nunca a una oligarquía que, parapetada en sus plazas fuertes, a duras penas reconocerá un poder aglutinador.

## Los conflictos interiores

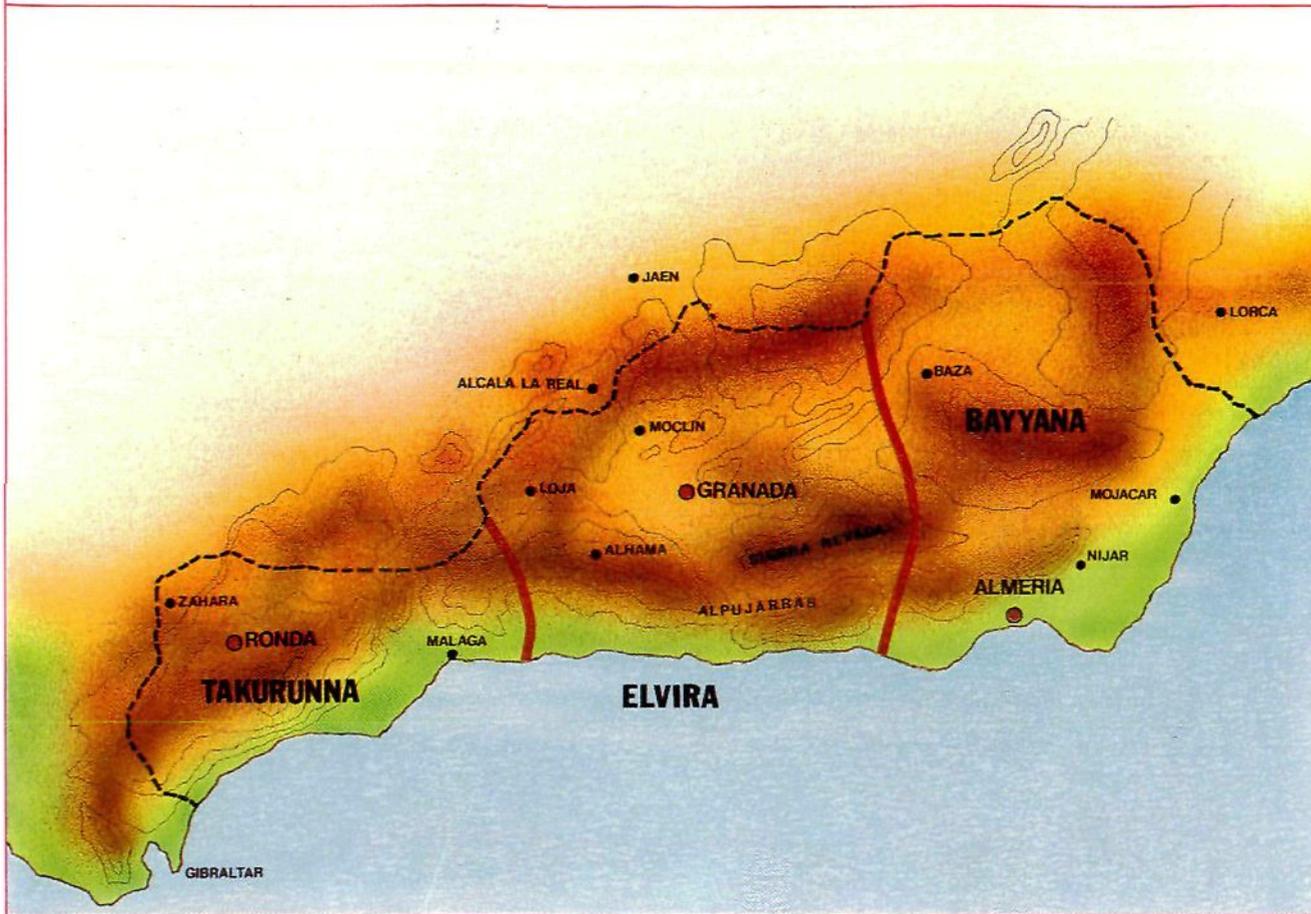
Cuando Muhammad I ben Yusuf se proclama sultán de Granada, no cuenta más que con su capacidad de maniobra frente a Fernando III el Santo, el apoyo de su familia, la Banu al-Ahmar, y el vasallaje de algunos clanes clientes suyos. Para mantenerse en el poder necesita de un ejército fuerte y para ello pide ayuda a los príncipes norteafricanos enemigos de los almohades que, respondiendo a su llamada, mandan tropas que se ponen a sus órdenes inmediatas. Este cuerpo de ejército, mantenido posteriormente por sus sucesores, será el eje del poder real.

Con él, los sultanes nazaritas no sólo intentarán doblegar a la nobleza levantisca sino que se atreverán a realizar incursiones limitadas en tierras cristianas.



Mapa de la España del siglo XV en el que se puede observar la importancia estratégica que para Castilla tenía Granada al ocupar la zona oriental de Andalucía y ser la llave del Mediterráneo.

El reino nazarita y su división en kuras o comarcas. Es de notar la atormentada geografía que la preservó durante dos siglos y medio de una invasión en toda regla.



Garante del poder real, esta guardia personal del monarca no dejará a su vez de causar problemas. Siguiendo la teoría de «quien tiene las armas tiene el poder», los jefes militares más cercanos al palacio tratarán de inmiscuirse en la política presionando con la fuerza de sus armas. Sólo bajo el mandato de Muhammad V se unificará la dirección de este ejército, pasando a depender directamente del sultán.

La otra fuente de conflictos, la nobleza, fue más difícil de manejar. Dividida en dos facciones, la poseedora de tierras y la cortesana, no sólo se dedicará a conspirar contra el rey, sino contra sí misma. La nobleza terrateniente, por mantener privilegios en sus feudos frente a los representantes de la corona, y la cortesana, por conquistar parcelas de poder en las luchas dinásticas. Ni una ni otra aceptarán plenamente el poder central. Defensoras de prerrogativas propias, con una visión muy sectaria de la política dado su origen oriental, no dejarán de socavar la autoridad del sultán siempre que tengan ocasión.

Con este cuadro, muy similar por otra parte al de los reinos cristianos, la autoridad del rey se limitaba a sus posesiones particu-

lares, no pudiendo más que frenar en parte la ambición de la oligarquía en evitación de una desintegración efectiva del reino.

## La caída de Granada

Con la subida al poder de los Reyes Católicos, las luchas mantenidas anteriormente entre castellanos y aragoneses se convierten en unión de objetivos. Sometida la nobleza de ambos reinos, el poder centralizador de Isabel y Fernando se dirige a realizar una política que la contenga definitivamente.

Es difícil seguir viendo la toma del reino nazarita como una Cruzada redentora en pos de la unidad española. Esta visión interesada no deja de ser una entelequia fabricada por algunos estudiosos para justificar posteriores acciones históricas de dudosa asimilación moral.

Los hechos parecen mostrar un escenario bastante más prosaico y menos heroico.

Los Reyes Católicos necesitaban tener ocupada a la nobleza en alguna acción que la distrajera de sus intrigas contra la Corona y qué mejor misión que la conquista de un reino cuyas expectativas de botín eran bastante sustanciosas. Granada era una presa a tomar y no una pieza para completar una hipotética nación que sólo se conocerá administrativa y económicamente como tal en el siglo XVIII.

El concepto de «unidad nacional» es muy posterior. No olvidemos que Navarra era tan independiente como Granada y bastante más molesta por estar aliada con Francia y a los Católicos monarcas no se les ocurrió arremeter contra ella.

El pretexto para el inicio de las hostilidades fue la toma de la plaza de Zahara en 1481 por el sultán Muley Abdulhassan como prueba de fuerza ante las facciones contrarias a su mandato.

Un año después, tropas castellanas al mando del marqués de Cádiz se apoderan de la ciudad de Alhama.

Sería el comienzo de una campaña que culminará luego de once años con la entrega de Granada por parte del último sultán, Boabdil el Chico.

La caída del reino nazarita era inevitable. Las disensiones internas se agravan en la última mitad del siglo XV con un conflicto dinástico marcado por las reyertas familiares: el sultán Muley Abdulhassan reemplaza en sus preferencias íntimas a su esposa Aixa por una cautiva cristiana, Isabel de Solís, más joven que aquélla. Este hecho doméstico ponía en entredicho la preponderancia de Aixa en la Corte y limitaba sus pretensiones por elevar al trono a uno de sus hijos, Muley o Abu Abdallah, por lo que decide destronar a su marido.

Muerto su hijo Muley a manos de Abdulhassan, Aixa instaura en el poder a Abdallah, el Boabdil de las crónicas cristianas, mientras su marido Muley Abdulhassan se alía con su hermano Abdallah ben Saad el Bravo, señor de Málaga, para intentar recuperar el sultanato.

Luego de una serie de hechos de armas de los que no son ajenos los castellano-aragoneses, Abdulhassan abdica formalmente en su hijo Boabdil, abriéndose la guerra entre éste, apoyado por el partido abencerraje, y su tío ben Saad el Bravo, apoyado por el partido zegrí.

Sería farragoso narrar los altibajos de la guerra granadina. Abundan en ella episodios de todo tipo, pero mayoritariamente sórdidos.

Fernando el Católico se aliará con uno u otro bando según sus conveniencias, obligándoles a firmar pactos imposibles de cumplir y fomentando las diferencias entre ellos en una labor que luego le valdrá ser modelo del «Príncipe» de Maquiavelo, hasta lograr que la descomposición del reino sea total.

Hacia 1487 Fernando toma Málaga después de vencer la feroz resistencia de sus defensores, completando la ocupación de la parte occidental del reino. Dos años más tarde cae la parte oriental luego de que ben Saad el Bravo entregara a los castellano-aragoneses las plazas de Baza, Guadix y Almería y pasara a combatir en sus filas contra su sobrino.

Conquistadas las Alpujarras, Granada será sitiada en abril de 1491 y capitula el 25 de noviembre de ese año: los Reyes Católicos harán su entrada en la ciudad el 6 de enero de 1492.

Boabdil recibirá una propiedad en las Alpujarras para acabar pasando al Norte de África donde morirá en Fez hacia 1530.

Atrás quedarán once años de lucha e intrigas de los que las generaciones venideras recibirán como legado la subsistencia en su casi integridad del único palacio musulmán conservado en Europa, La Alhambra, debido a que la fortaleza se rindió sin lucha y pudo evitar ser saqueada por las tropas vencedoras.

# La prosperidad nazarita

## Un reino bien organizado

Las luchas políticas que caracterizaron la existencia del sultanato granadino pueden dar una idea equivocada de la realidad cotidiana de sus gentes. Trabajadores muy laboriosos, con una especialización superior a la de sus homólogos cristianos, no sólo eran buenos agricultores sino hábiles artesanos en los más variados campos.

Poseedora de una de las regiones más fértiles de Europa, Granada se dividía administrativamente en comarcas naturales llamadas KURA, subdivididas a su vez en departamentos o AMALIYYAY AQALIN.

En el siglo XIV, las Kura eran tres —Elvira o Granada, Bayyana o Almería y Takurunna o Ronda—, incluyendo 33 departamentos.

La autoridad real poseía delegados en todas ellas ocupados en mantener el poder central frente a los señores locales y recaudar impuestos, gran parte de los cuales iban a parar a los monarcas castellanos, por obra y gracia de las imposiciones de vasallaje de éstos.

Las ciudades estaban bien defendidas. Amuralladas casi todas, las mayores poseían alcazabas o ciudadelas. En los núcleos rurales, la defensa se solucionaba con castillos y torres repartidos estratégicamente que hacían a su vez de rudimentarios telégrafos para la transmisión de noticias.

Este sistema defensivo posibilitaba la existencia de una red viaria muy necesaria en un reino con tanta importancia comercial.

La organización cotidiana estaba al margen de las luchas entre la nobleza y la corona. La prueba está en la riqueza generada por los granadinos incluso después de ser conquistados.

Por otro lado, la configuración del terreno les ofrecía bastantes garantías ante ataques castellanos, propiciando una continuidad económica por encima de cualquier contingencia bélica. No olvidemos que la zona ocupada por el reino nazarita es, después de Suiza, la más montañosa de Europa. Este dato podría ser suficiente para explicar la larga duración de la conquista castellano-aragonesa: ni sembrando la discordia en los granadinos pudieron hacerse con el reino de manera fulminante.

## Sederos, manufactureros y comerciantes

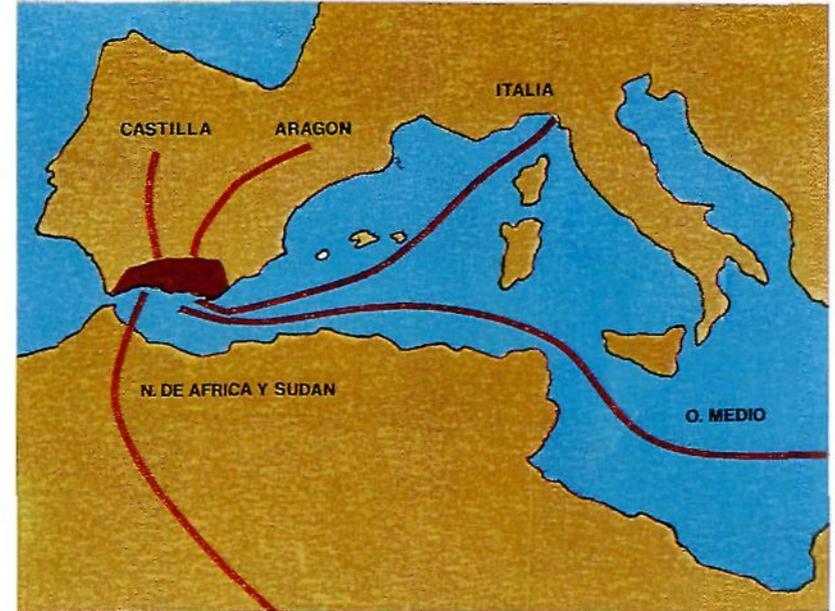
Uno de los errores históricos más lamentables de la Edad Media, cuyas repercusiones se hicieron notar durante siglos, fue la toma de ciudad de Ubeda por los ejércitos cristianos poco después de la batalla de Las Navas de Tolosa.

Rendida la ciudad, sus habitantes acordaron el pago de un millón de monedas de oro a cambio de mantener intactas sus vidas y haciendas. Sin embargo, y antes de hacer efectiva la cantidad, la jerarquía eclesiástica, en un alarde de interpretación dogmática, se opuso a la operación aduciendo que entrar en tratos de compraventa con un infiel suponía la pena de excomunión.

Tan extraño dictamen sentenció el destino de las ciudades andaluzas conquistadas al Islam: desde entonces las plazas se entregaban vacías, debiendo sus habitantes abandonarlas forzosamente.

*La nobleza granadina vestía a la moda norteafricana. Las mujeres usaban una túnica ceñida a la cintura sobre la que se ponía una especie de casulla larga ricamente bordada con aberturas laterales a partir de los hombros. A veces se complementaba con una capa abrochada al cuello. Los hombres se tocaban con turbante que les cubría la cabeza hasta los hombros, consistiendo el resto del atuendo en túnicas no muy largas superpuestas. El calzado era a base de babuchas o de botas de cuero.*

*El mapa del fondo representa las líneas de comercio granadino, muy activo dada la alta calidad de sus productos.*



Este suceso dejará despoblada Andalucía de mano de obra especializada al ser reemplazada ésta por colonos cristianos que ni de lejos se podían comparar con los labriegos y artesanos musulmanes.

El reino nazarita será el gran beneficiario de estas migraciones forzosas, acumulando una población que desarrollará una serie de sectores de los que carecerán los reinos cristianos, tales como el textil o el de fabricación de armas.

La base del comercio granadino fueron las sederías. La necesidad de gusanos de seda hizo de la morera uno de los árboles más cultivados del reino. La importancia de esta industria rebasará el período islámico, perviviendo incluso bajo el reinado de Felipe II, al que proporcionaba unos beneficios anuales de unos 68 millones de maravedíes.

Las sedas granadinas se exportaban a todo el Mediterráneo, siendo muy intenso su comercio con Italia. En esta actividad comercial tenían gran importancia los puertos de Málaga y Almería.

El resto de las industrias textiles no eran menos relevantes. La lana, el lino y el algodón eran muy apreciadas, produciéndose diversas manufacturas —alfombras, tapices, etc.— destinadas en gran medida al comercio exterior.

La segunda actividad en importancia era la armamentística. De la habilidad de los artesanos granadinos para fabricar todo tipo de cuchillería nos han quedado muestras tan elocuentes como las armas del ajuar personal de Boabdil.

Esta especialización en productos de alta calidad fomentará el intercambio comercial con las rutas del oro que, desde Sudán, llegaban al Mediterráneo por Marruecos. Las caravanas norteafricanas surtirán a los nazaritas del metal necesario para pagar las parias debidas a los castellanos.

El gran desarrollo de los regadíos, en los que los granadinos eran maestros, favorecía el cultivo de dátiles, higos, nueces, naranjas, limones, granadas, almendras, caña de azúcar y alheña —utilizada como tinte del cabello—. Estos productos necesitaban de una más que regular flota marítima para su exportación, por lo que la industria naval debió tener gran trascendencia.

Este cuadro de prosperidad económica no debe llamarnos a engaño sobre la situación real del sirvo de a pie: sobrecargado de impuestos para mantener a la Corona y la estabilidad de las fronteras, su existencia no fue ningún regalo. Aunque su calidad de vida fue superior a la cristiana, no dejaba de ser un individuo sobrepasado por unos tributos a los que a menudo era incapaz de hacer frente.

# Granada, capital del sultanato

## La ciudad de las tres colinas

Granada cobra importancia con la desintegración del Califato cordobés. A partir de ese momento, la que fuera una más entre las ciudades andalusíes, se convierte en capital de taifa. Cuando posteriormente al-Nasr la elige como cabeza del reino nazarita, Granada es ya una gran metrópoli.

Su emplazamiento es privilegiado. Al pie de Sierra Nevada, la más alta de España, y en una vega que, junto a la cordobesa, es la más fértil de Europa, aprovecha la defensa que le brindan tres colinas para extenderse a su alrededor.

Estas tres colinas, Albaicín, Sacromonte y Sabika, son, junto a los ríos Darro y Genil, las que imprimen a Granada ese carácter contrastado en el que se complementan la llanura y la tortuosidad del entorno que la rodea.

El emplazamiento granadino es un resumen de lo que era el paisaje del reino nazarita, por lo que no es difícil adivinar que en el subconsciente del fundador del sultanato se formara la imagen de la ciudad como ideal para albergar la capitalidad de su señorío.

## El agobio de la superpoblación

Granada no dejó de crecer bajo los nazaritas. A causa de la torpe política repobladora cristiana, sus muros fueron albergando a gente desplazada de las comarcas conquistadas, engrosando una población ya importante de por sí.

Dividida en dos partes bien diferenciadas, la Alcazaba —Alhambra— y la Medina, ésta fue amurallada definitivamente en la primera mitad del siglo XIV reforzando el perímetro defensivo existente con anterioridad. Dentro de ella se calcula que en el momento de mayor afluencia de vecinos, hacia la mitad del siglo XV, vivían unos 100.000 habitantes.

Este número es bastante aproximativo. Los cálculos de la población de las ciudades hispano-musulmanas son muy complicados de realizar por lo abigarrado de las mismas. Sin orden ni criterio, las casas se levantaban empujándose entre sí respondiendo exclusivamente a la voluntad de quien las levantaba. Esta costumbre da un grado de ocupación muy superior al de los emplazamientos cristianos.

Aunque algunos autores clásicos como Luis del Mármol elevan la cifra de granadinos a 150.000 basándose en el número de soldados que podían movilizarse en caso de guerra, parece bastante exagerada la cifra.

Esos cerca de 100.000 vecinos se desenvolvían en una ciudad en la que abundaban los establecimientos públicos tales como mezquitas, baños, madrassas, mercados, etc... que se abrían junto a los palacios de la nobleza o las casas más humildes en unas calles que se desarrollaban sin ningún orden a partir de las siete puertas de acceso a su interior.

Abundaban también los almacenes de géneros y los albergues de viajeros de los que nos ha llegado el llamado Corral del Carbón.

La Alcaicería o depósito general de mercancías fue muy importante. Destruída completamente en 1843 por un incendio, su recinto cerrado a las caballerías albergaba unas 200 tiendas que centralizaban el comercio sedero. Como una ciudad dentro de otra a la que se accedía por 10 puertas, tenía sus propias autoridades administra-

*En algún lugar de la Al-Kasaba Qadima, actual Albaicín, y con La Alhambra al fondo, podemos ver a varios tipos granadinos de los siglos XIV y XV; de izquierda a derecha, un judío con la cabeza tocada con un paño y vestido con una sobretúnica larga, una mujer cristiana tapada con un manto rectangular sobre los hombros, un granadino con turbante y túnica ceñida a la cintura, un*

*joven cristiano y una mujer nazarita con su peculiar vestido de falda con cierto vuelo, manto y unos curiosos pololos abombados. El niño que está a su lado viste una túnica suelta y el hombre de su derecha es un norteafricano con la tradicional chilaba y turbante a la usanza del desierto.*



tivas encabezadas por un funcionario llamado «alamín». Su importancia económica era tan grande que ni los Reyes Católicos ni sus sucesores variaron su estructura gremial y organizativa.

En ella no sólo se vendía la seda manufacturada y otras mercaderías de lujo sino que también detentaba, junto a Almería y Málaga, el monopolio del comercio de la seda en madejas.

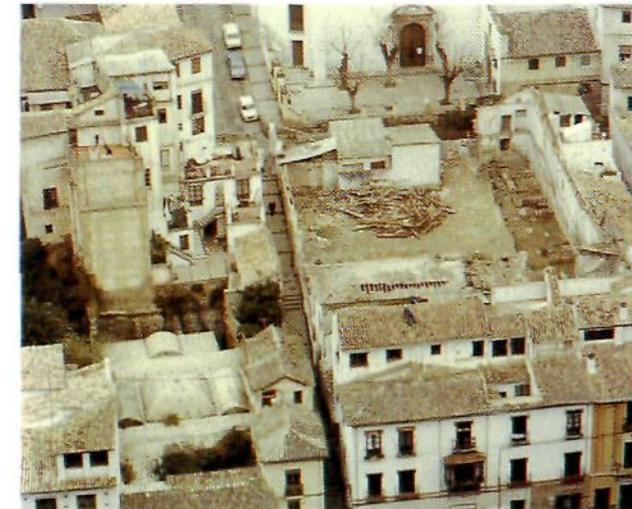


## CRONOLOGIA DE LOS SULTANES NAZARITAS

1238-1273	Muhammad I ben Yusuf ben Nasr banu al-Ahmar.
1273-1302	Muhammad II.
1302-1309	Muhammad III.
1309-1314	al-Nasr.
1314-1325	Ismail I abu Walid.
1325-1333	Muhammad IV.
1333-1354	Yusuf I abu al-Hachchach.
1354-1359	Muhammad V.
1359-1360	Ismail II.
1360-1362	Muhammad VI.
1362-1391	Muhammad V.
1391-1392	Yusuf II.
1392-1408	Muhammad VII.
1408-1417	Yusuf III.
1417-1427	Muhammad VIII.
1427-1429	Muhammad IX.
1429-1431	Muhammad VIII.
1431-1432	Yusuf IV.
1432-1445	Muhammad VIII.
1445	Muhammad X.
1445-1446	ben Saad.
1461-1482	Muley Abdulhassan.
1482-1483	Muhammad XI abu Abdallah «Boabdil».
1483-1485	Muley Abdulhassan.
1485-1486	Muhammad XII el Bravo.
1486-1492	Muhammad XI abu Abdallah «Boabdil».

El hecho de haber tenido siete sultanes distintos en la primera mitad del siglo XV nos puede dar una idea de la inestabilidad política del reino granadino, habida cuenta que uno de ellos, Muhammad VIII, tendrá tres etapas de soberanía.

En cuanto a los nombres, hemos procurado ceñirnos lo más posible a la fonética y equivalencias originales. Por eso, el apodo de Muhammad XII empleado en esta relación y en el texto es el de *Bravo* frente a *Zagal* como distorsionadamente fue conocido por los cristianos de su época. Esta última acepción deriva de una transcripción literal del apodo original en árabe convirtiendo a un soberano ya maduro en un adolescente.



A la izquierda, las Torres Bermejas. Abajo, panorámica del Albaicín, en la que se observan el Bañuelo en primer término y las obras de excavación del Maristán, atrás a la derecha.

puerta de Elvira y quizá el más importante de todos, el Socaster, cerca del Albaicín, el del Albaicín propiamente dicho, el Sabika en la colina de La Alhambra, el Guraba o de los extranjeros, el Fajjarin, cerca de la puerta de los Alfareros y el Assal, a unos 500 metros del anterior. Los sultanes y su familia allegada tenían el suyo, la Rauda, dentro de los muros de la ciudad granadina.

Los granadinos se agrupaban generalmente por oficios formando barrios. Esta práctica es muy común en la Edad Media. Los gremios, tanto en el mundo cristiano como en el musulmán, tendían a ocupar zonas concretas de las ciudades facilitando la busca del artesano por parte de los posibles clientes.

Los oficios más comunes eran, aparte de los correspondientes a la industria sedera y textil, los relacionados con el armamento y la construcción con gran número de cuchilleros, armeros, herreros, guarnicioneros, albañiles, estuquistas, ceramistas, vidrieros, carpinteros, etc..., seguidos por una pléyade de profesiones relacionadas con las necesidades diarias: curtidores, tejedores, zapateros, herradores, tratantes de ganado, hortelanos, taberneros, etc...

## La diversidad racial

No sólo se agrupaban por barrios los integrantes de un gremio. Las distintas etnias también lo hacían. Así, la judería granadina albergaba una población cifrada por un viajero alemán que visitó la ciudad a poco de ser tomada por los Reyes Católicos en unos 20.000 habitantes, cifra seguramente exagerada.

Los soldados mercenarios también tenían su zona concreta. Temidos y respetados por su brutalidad y codicia, estos profesionales de la guerra, casi siempre de origen norteafricano, vivían en auténticos ghettos. Su soberbia y espíritu pendenciero nunca propiciaron su fusión con los granadinos.

Abundaban también los sirios, bereberes, negros y, en menor número, turcos, persas e hindúes.

La esclavitud se practicó con la misma asiduidad que en la España cristiana, surtiéndose sobre todo de guineanos.

A todo este mosaico racial hay que añadir las diferencias que se creaban entre la población autóctona según fuera su procedencia y que se podrían resumir en cuatro grupos:

— ELCHESES: Descendientes de cristianos convertidos al Islam.

— TAGARINOS: Comerciantes ambulantes cristianos, casi siempre aragoneses, que acababan asentándose con su familia en Granada por su gran pujanza comercial, conservando sus creencias y usos.

— GACIS: Esclavos norteafricanos liberados que fijaban su residencia en la ciudad o en la zona de las Alpujarras. Se dedicaban a la agricultura o la guerra.

— MUDEJARES ANTIGUOS: Población tradicionalmente islámica, fue el grupo más respetado de todos por su fidelidad secular a la fe islámica.

Este conglomerado de razas y procedencias convivieron sin grandes dificultades. No se conocen disturbios comparables a los ocurridos en Córdoba en tiempos del califato. El único incidente grave data de tiempos anteriores al nazarita y se refiere a una cruel matanza de judíos efectuada en 1162 en la que fueron asesinados 4.000 individuos de esta etnia.

## Los alrededores de Granada

Se sabe de la existencia de gran número de almunias o villas de recreo fuera del recinto granadino de las que sólo nos ha llegado en su esplendor la del Generalife, residencia veraniega de los sultanes.

Extramuros de la Medina se situaban los cementerios o MAQBARRAS de los que habría que citar el Sad ibn Malik, cercano a la

# La Acrópolis granadina

## La magia de una arquitectura incomparable

Relata Washington Irving en sus «Cuentos de La Alhambra» que si ésta ha sobrevivido a los siglos, con su bagaje de guerras, calamidades y desdichas, se debe, según creencias populares, a los hechizos y encantamientos que la guardan.

El carácter mágico de La Alhambra se ha mantenido hasta hoy. Es imposible no quedar subyugado por este conjunto de pabellones y edificios ceñidos por un recinto amurallado empeñado en ocultar un mundo encerrado en sí mismo.

El asombro producido por la Alcazaba granadina no se debe únicamente al exotismo de ser un palacio oriental emplazado en medio de una ciudad a la que la Historia hizo cristiana. En su tiempo levantó las mismas admiraciones que hoy, dándonos la medida de su refinamiento y exclusividad. Los sultanes nazaríes concedían audiencias públicas dos veces por semana. Es fácil imaginar lo que sentiría un granadino al ascender hasta el palacio desde una ciudad estrecha y sobrecargada de población para, de pronto, contemplar la suntuosidad de una corte con tan alto grado de sofisticación.

No es extraño que sobre su apariencia se construyeran tantas leyendas e historias fantásticas. Los grandes poetas nazaríes cantaron sus excelencias con tanta vehemencia que es imposible encontrar en los reinos cristianos alabanzas similares dirigidas a monumentos propios.

En esa belleza se ha querido ver el testimonio de un pueblo que había tomado conciencia de su pronta desaparición, dando lugar a un arte enfermizo sin más pretensión que el goce cotidiano a espaldas de la realidad.

Quizá no sea exactamente así. El sultanato granadino existió a lo largo de dos siglos y medio y es muy arriesgado suponer que durante todo ese tiempo los nazaritas pensaran en que serían expulsados de un territorio secularmente musulmán. La presión castellana tampoco fue agobiante. Ya hemos visto que la Reconquista es más una invención posterior que una realidad caracterizadora de los ocho siglos de pervivencia islámica.

En la época en que se construyó La Alhambra, los reinos cristianos consideraban a Granada una nación más de las que ocupaban la Península Ibérica. Los nazaritas eran aliados de Aragón, con quien mantenían muy buenas relaciones, y Castilla estaba demasiado enfrascada en reyertas interiores como para intentar un ataque frontal contra el sultanato, entre otras cosas por no tener ningún motivo serio para llevarlo a cabo.

Habría que ahondar en el mundo nazarí para encontrar unas razones más convincentes que explicaran la rara belleza de La Alhambra y quizá las más importantes fueran el altísimo grado cultural y la profunda conciencia islámica de sus creadores.

## La Fortaleza Bermeja

Fue el fundador de la dinastía nazarita, Muhammad I ben Yusuf ben, Nasr quien construyó en el año 1238 la Alcazaba granadina aprovechando las defensas existentes con anterioridad en la colina

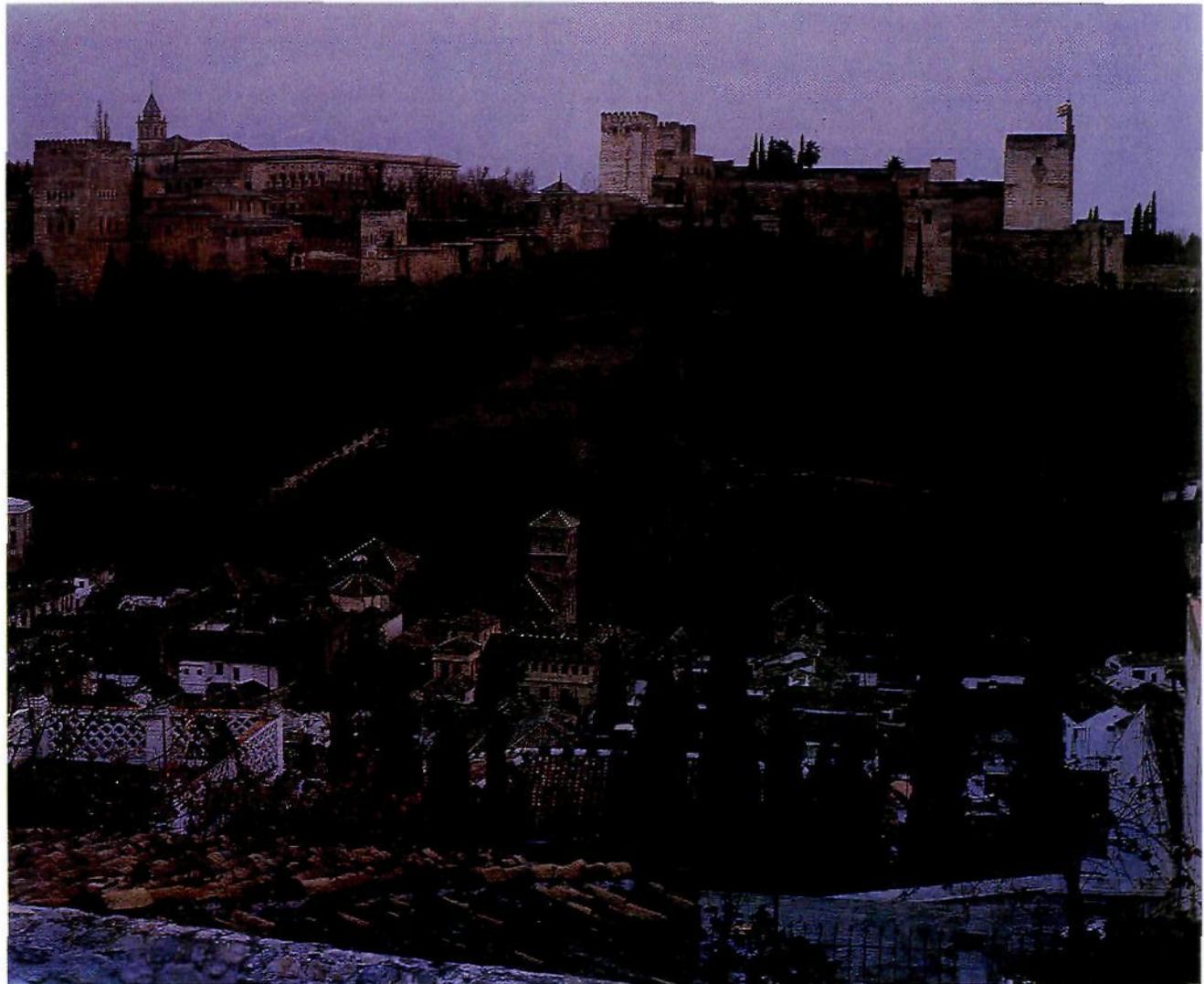
denominada Sabika, la más alta estribación de Sierra Nevada que circunda Granada junto al Albaicín y Sacromonte.

Esta Alcazaba primitiva tenía una clara misión defensiva debido a la inexpugnabilidad del promontorio. Sus imponentes torres y murallas, acabadas seguramente por el sucesor de ben Yusuf, Muhammad II, fueron las que dieron nombre a la construcción.

Levantadas con un hormigón conseguido por la mezcla de arena, gravilla, cal y una arcilla de alto componente ferruginoso, el resultado fueron unos muros de intensa coloración rojiza. Las alcazabas, como tales ciudadelas, casi nunca tenían nombres propios por lo que «Alhambra» fue un apodo desde el principio.

Traducido literalmente del árabe, al-Qalat al-Hamra significa Fortaleza (Qalat) Rojiza o Bermeja (al-Hamra) que, con el transcurso del tiempo y la pronunciación castellana degeneró en la acepción por la que es conocida hoy.

*La Alhambra al atardecer desde el Albaicín. La parte derecha es la zona defensiva, y la de la izquierda, la residencia real.*



## El espíritu de un conjunto

A partir de esa primera construcción defensiva, la Alcazaba nazarita fue creciendo según la voluntad de los sultanes. Circunscrita al recinto amurallado, su desarrollo estuvo ligado a la personalidad de los monarcas que la habitaron.

La individualidad de cada zona, junto a la provisionalidad que se respira en sus salones o patios, son los rasgos más singulares de La Alhambra.

Esta provisionalidad, palpable hasta en los materiales empleados, puede interpretarse como exponente de ese pesimismo que se ha supuesto latente en el alma nazarita, pero ya hemos reseñado que es bastante cuestionable.

Desde una óptica romántica, esta explicación rodea de una aureola decadente a un palacio que, por su exotismo, es difícil de comprender por una mente occidental. Intuir en La Alhambra la angustia de un mundo en desaparición que se encierra en una belleza efímera para no ver la ruina que se cierne a su alrededor parece excesivo.

Es necesario intentar cambiar unos esquemas de pensamiento proclives a interpretar distorsionadamente un arte del que, por conocer su final, tendemos a asociar con él.

Más que ver en La Alhambra el fruto del epílogo musulmán español, hay que rebuscar en las motivaciones profundas de una civilización que se asentó en nuestra península durante ocho largos siglos.

## La individualidad y provisionalidad islámicas

En el Islam, todo pasa menos Alá. La conciencia de la propia limitación hace al creyente un ser entregado al destino sin más certeza de perdurabilidad que la presencia inmutable de sus dios.

Este «todo pasar» convierte al individuo en alguien visceralmente vitalista que tiende a atrapar de la vida todo lo que le ofrece con la única limitación de no desviarse de las enseñanzas coránicas.

Con esta filosofía ensalzadora del presente, el futuro es algo incierto en manos de Alá.

Estas premisas pueden introducirnos más profundamente en las estancias de La Alhambra. La fragilidad que se respira en ellas nos dice que toda existencia es un sueño dependiente de una voluntad superior. Al igual que en la mezquita cordobesa, las columnas parecen no sostener nada. Todo se mantiene milagrosamente, respondiendo a los hechizos de las consejas populares.

Unido a la fragilidad, aparece el refinamiento más sofisticado. Estanques y corrientes de agua, salas tenuemente iluminadas, paredes sin un hueco sin labrar, techos que parecen flotar sobre nuestras cabezas... No hay ni un detalle que no invite al gozo más sensual. Es imposible imaginar la miseria humana en La Alhambra. Todo está pensado para eclipsar la parte oscura de la existencia y vivir con total intensidad el presente, haciendo de él un pálido reflejo de lo que en su día será la existencia en el paraíso prometido por el Profeta.

Quizá se equivoquen los que vean en ella un exponente de la decadencia nazarí. Más bien habría que descubrir el anhelo íntimo de una dinastía empeñada en recrear día a día esa vida ultraterrena sin importarle demasiado el futuro.

Los cronistas que describieron en su día el palacio califal cordobés hacen hincapié en el lujo que allí se encerraba, el mismo que se contenía en el palacio de Harun al-Rachid en Bagdad o en el de los fatimíes de El Cairo, por lo que considerer La Alhambra un caso aislado es desconocer ese vitalismo exagerado del mundo islámico. Lo que ocurre con La Alhambra es que es el único palacio islámico medieval que ha sobrevivido a la Historia.

Paralelamente, la fragilidad y vitalismo granadinos tienen su correspondencia en la existencia concreta de sus moradores. El apego a la vida, consustancial a la formas de ser musulmana, encontrará en los sultanes nazaritas un espíritu abonado para ser llevado hasta las últimas consecuencias. Las luchas palaciegas por el poder, acabadas muchas veces en asesinatos y matanzas, harán que, en una nación en permanente golpe de estado, los monarcas se aferren al presente de una manera sistemática. La provisionalidad del poder político nazarí no es más que un reflejo desmesurado de la teoría musulmana al respecto.

El sultán es el representante de Alá en la tierra y su autoridad emana de la comunidad de creyentes. Así, el monarca no detenta solamente el poder político sino también el militar y religioso.

Este planteamiento, que nos hace pensar en una sociedad teocrática que pone por encima de toda crítica al monarca, en realidad lo que propicia es una inestabilidad política constante, puesto que las obligaciones coránicas conciernen por igual tanto al más humilde de los creyentes como a la cabeza de la comunidad.

Bastaba con acusar de impiedad o herejía al soberano para rebelarse contra él, desencadenando una serie de guerras civiles que, en último caso, siempre situaban a la cabeza de la comunidad al caudillo con mejores dotes estratégicas o mayor crueldad o astucia.

La dinastía nazarita sufrirá esas luchas constantemente. Cualquier coartada era válida para que el familiar ambicioso de turno intentara eliminar al sultán y se sentara en el trono: una lectura interesada del Corán posibilitaba todo tipo de intrigas.

La inestabilidad generada por estas intrigas también se plasmará en La Alhambra: En sus edificaciones no hay un orden prefijado, una maqueta a la que atenerse, un plan a seguir: cada sultán que lo crea conveniente levantará su propio pabellón junto al de su antecesor sin importarle demasiado si se complementan o se estorban, llegando en algunos casos a derribar lo construido para sustituirlo sin contemplaciones.

El individualismo oriental hará que el monarca se ocupe únicamente de realizar su proyecto arquitectónico concreto, a la medida de sus gustos y pensando que el poder que detenta puede serle arrebatado a la menor ocasión.

Hay que reconocer, no obstante, un gran respeto hacia la obra bien hecha. Si todos los monarcas nazaritas hubieran seguido al pie de la letra el esquema recién expuesto, los Reyes Católicos se habrían encontrado una Alcazaba llena de casas demolidas y pabellones por hacer.

Por un lado, no todos reformaron la Fortaleza. La gran mayoría se sintió a gusto en ella sin necesidad de tocar sus paredes y los que acometieron obras lo hicieron siguiendo un estilo arquitectónico bastante concreto.

El conjunto de edificaciones se levanta ante el visitante imprimiendo una sensación de desorden que acaba envolviéndole hasta no saber a qué corresponde cada una de las estancias, respondiendo al concepto último de residencial real musulmana.

El término «palacio» no existe con el Islam. Para designar el lugar donde reside la autoridad civil se utilizan los términos KSAR o QALAT, que en castellano son «alcázar» o «castillo».

Mientras en Occidente se tiende a magnificar y dotar de carisma la figura del monarca, haciéndole residir en mansiones que sacralizan el poder a base de arquitecturas prepotentes que a menudo no tienen ninguna relación con el entorno donde se hallan, el mundo islámico se inclina hacia otra vertiente. Como un creyente más, el rey no necesita demostrar físicamente su poder a los ojos del pueblo. Le basta con ser el sumo servidor de Alá sobre la tierra. De ahí nace un estilo de vida replegado en sí mismo, de puertas para adentro, sin ostentación visible más que en el serrallo.

Si tener que impresionar a nadie, el monarca musulmán reformará a su gusto y necesidades todo aquello que no responde a su criterio, demoliendo lo que le desagrada, conservando lo que le sirve o levantando lo que precisa.

Lo que en un principio parecería una falta de respeto hacia lo erigido por sus predecesores se nos muestra como la consecuencia lógica de considerar la residencia como algo emparentado únicamente con las vivencias personales de cada soberano. Si todo pasa menos Alá, no se necesita salvaguardar lo erigido por otros, sino que se sustituye por lo que nos viene a la medida. El que venga atrás hará si lo desea sus propias reformas. No importa inmortalizar la individualidad, sino el cuerpo colectivo personificado en la comunidad de creyentes.

Por eso en el Islam no hay palacios, sino fortalezas. Desde ellas se defiende mejor el cuerpo social que desde absurdos edificios nacidos de la megalomanía edificadora de los césares romanos. No olvidemos que el término «palacio» deriva de la colina romana donde se levantaba la residencia imperial, la Palatina.

## Un esquema flexible y simple

El arte nazarita representa la evolución desde modelos almohades norteafricanos hasta la consolidación de un estilo peculiar hispano. La simplicidad básica se arroja en un envoltorio cada vez más sofisticado que nos muestra hasta qué punto el refinamiento del último reino islámico español alcanzó unas cotas inigualadas por el arte musulmán de su época e incluso de posteriores.

Partiendo de la construcción más simple y divulgada del Mediterráneo, la casa desarrollada alrededor de un patio central y cerrada al exterior, la residencia de los sultanes granadinos va creciendo agregando pabellones y corredores que sirven tanto como estancias concretas como de paso hacia otras adyacentes. Esta distribución, a primera vista anárquica, facilita el uso indistinto de todas las zonas construidas, dando al entramado una movilidad desconocida en la arquitectura cristiana.

Los patios serán los centros alrededor de los cuales se muevan todas las dependencias. El modelo no es árabe. Anteriormente fue profusamente utilizado por griegos, romanos y pueblos del Medio Oriente y responde a la necesidad de crear un clima de tranquilidad que contrarreste el bullicio e incomodidades de la ciudad. Por otro lado, es una manera de suavizar los rigores de un clima bastante extremoso en verano.

En España, esta casa perdurará en ciertas regiones hasta nuestros días sin grandes variantes. La arquitectura monumental cristiana también la adoptará: el palacio de Carlos V de La Alhambra responde perfectamente al esquema, como luego lo hará El Escorial de Felipe II o el Palacio Real madrileño de los Borbones.

Pero La Alhambra se diferencia de estos monumentos en su flexibilidad y falta de reglas simétricas, resultando un edificio mucho más espontáneo, personal y vitalista.

## La modestia de unos materiales

La personalidad de La Alhambra se refleja hasta en sus materiales. Los sultanes levantaban obras no dinásticas, por lo que necesitaban métodos de construcción rápidos y eficaces. La filosofía profunda del tránsito vital y la inseguridad del poder así lo exigían.

Los llamados materiales nobles no abundan demasiado. El mármol y la piedra se utilizan preferentemente en los suelos y en detalles de los muros, pero sin ostentación: aleros, guarnecido de ventanas y puertas, consolas... Nunca son básicos.

Además de la premura de la construcción, es posible que los artífices granadinos no estuvieran muy familiarizados con el tallado de la piedra y por eso no la usaron más. Pero no deja de ser un círculo vicioso: si se necesita rapidez, hay que ir a materiales dúctiles y entonces la especialización se centra en la escayola y el yeso, dejando de un lado el mármol, perdiendo el oficio de labrarlo.

La madera, procedente del Norte de África, se emplea sobre todo en los techos bellamente trabajada y pintada. También se empleará como soporte de los arcos de las puertas. El artesanado cobrará una gran importancia por la habilidad de los carpinteros nazaritas.

Los muros son de ladrillo dado de llana con escayola o yeso sobre los que se ejecutan todo tipo de relieves y dibujos.

En la parte baja de las paredes se emplea la cerámica vidriada en una labor muy minuciosa de alicatado. Las placas cerámicas utilizadas se fabricaban sobre todo en la zona de Málaga.

La techumbre se recubría de teja cocida en forma similar a la actual. Un elemento vital fue el agua, fluyente por todo el recinto. Grandes ingenieros y expertos en regadíos, el sistema de distribución de canalillos, fuentes y estanques hizo de este elemento algo consustancial al arte nazarí.

## El fruto de una sensibilidad

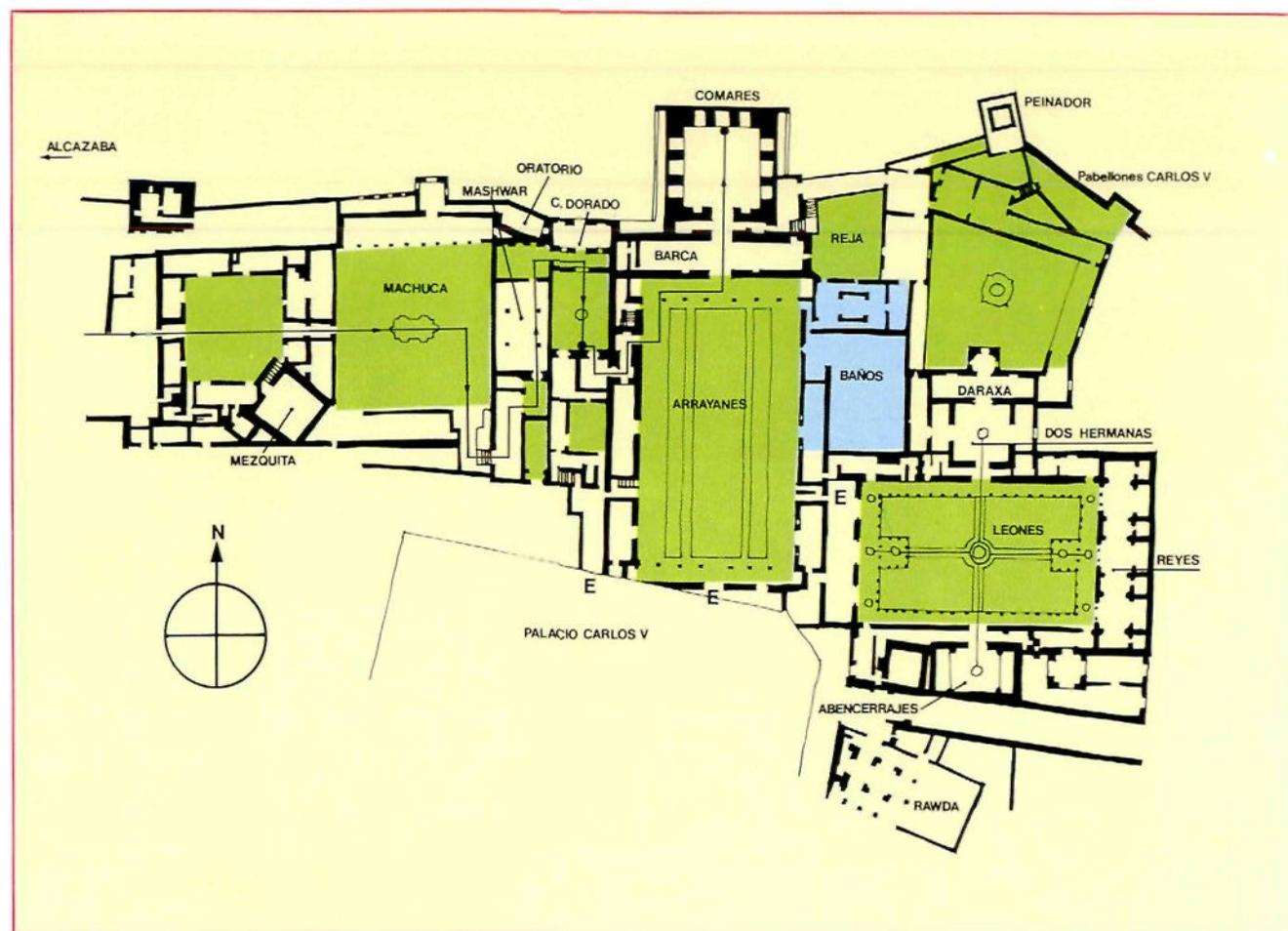
Con estos materiales tan cotidianos, los arquitectos granadinos levantaron una obra genial. Partiendo de formas simples, pero bien arropadas por una labor de filigrana, desarrollan un arte que deja a un lado el efecto grandioso. Hay pocos trucos visuales en La Alhambra. No se busca la monumentalidad sino el bienestar cotidiano.

Por eso no hay grandes innovaciones arquitectónicas. Todo lo utilizado por los nazaritas está ya inventado. Ellos lo que hacen es recrearlo, enmascarando cosas tan simples como un arco de medio punto con elementos que lo desfiguran hasta darle una apariencia totalmente distinta a la que presentaría si estuviera desnudo.

De una manera esquemática, los elementos constructivos básicos podrían ser éstos:

**Decoración.** Es el alma del arte nazarí. Desterrada la búsqueda de soluciones arquitectónicas originales, será el desarrollo decorativo el que alcance unas cotas difíciles de superar. No hay ni un milímetro de pared sin cubrir por dibujos o textos. En unos materiales cálidos de por sí, el abigarramiento de los motivos empleados multiplica la sensación de intimidad. Es tal la riqueza ornamental que es difícil pensar que estamos ante simple yeso labrado.

Sobre una simple maquetación de las paredes en rectángulos, la labor de *ataurique* —relieve en yeso con temas vegetales— irá creando unos espacios planos de una riqueza expresiva impresionante. Se emplearán preferentemente abstracciones de palmetas, jazmines, acantos, piñas, etc., revelando la importancia del jardín en el mundo árabe. Estos motivos florales irán alternando con los geométricos hasta fundirse ante nuestros ojos sin solución de continuidad.



*Plano general de la residencia real de La Alhambra en el que se observa su articulación alrededor de los patios. La distribución del Maswar y Cuarto Dorado no es la actual sino que la tuvo después de la reforma de Mohammad V y que, sin variaciones, pervivió hasta la conquista cristiana.*

*El recorrido marcado intenta reconstruir el camino de un visitante hasta llegar al Salón del Trono o de Comares en época nazarí. Los dos puntos del itinerario son los lugares en los que el sultán celebraba audiencias; las del Patio del Cuarto Dorado estaban destinadas al pueblo llano y las del Salón del Trono a embajadas o personalidades ilustres.*

*Las letras E. marcan las entradas al harem desde la zona pública de la residencia real.*

La prohibición islámica de representar figuras naturalistas lleva a los maestros granadinos a desarrollar la geometría decorativa hasta sus últimas consecuencias. Las figuras estrelladas o poligonales unidas a otras por medio de líneas rectas entrelazadas que a su vez crean nuevas estrellas, polígonos e incluso círculos, llegan a su máximo esplendor en el siglo XIV. Esta decoración mural llamada de *lazo* se complementa con otros elementos que aparecen en los ángulos superiores de las paredes y adintelando puertas o ventanas llamados *mocárabes* o *muqarnas*.

**Muqarnas.** La muqarna es, en su definición más simple, una estalactita de forma geométrica estilizada en su parte inferior. Utilizando este recurso de manera escalonada logramos unos efectos de abovedamiento que nos evitan tender superficies curvas. El arte

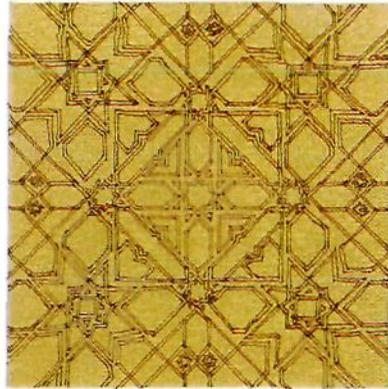
nazarita empleó las muqarnas con profusión, sobre todo en los techos, para pasar de una figura rectangular a otra poligonal o circular. También aparecen enmarcando ventanas, dinteles de puertas o formando arcos.

**Cerámica.** Utilizada para alicatar la parte baja de las paredes, sigue los motivos geométricos de lazo. Su riqueza ornamental y perfección de ejecución nos da una idea de la importancia que esta industria tuvo en el reino granadino. De colores blancos, rojos, amarillos, azules y verdes, su vidriado resaltaba la luz que se filtraba tenuemente por las ventanas en un intento muy medido de atraparla.

**Epigrafiya.** El texto tiene una gran importancia en la decoración. Frases que ensalzan a Alá, o que hacen referencia a las bellezas del



A

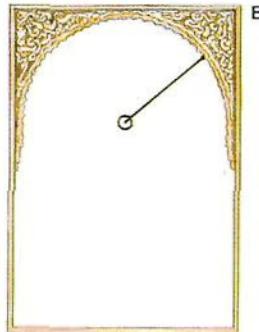


B

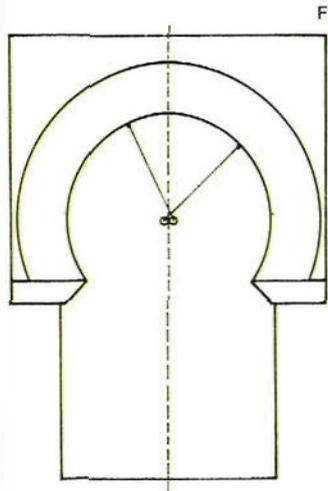


D

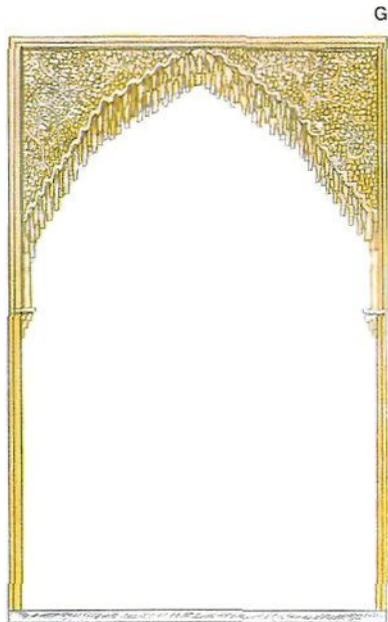
wa lā gāliba illā-llāh



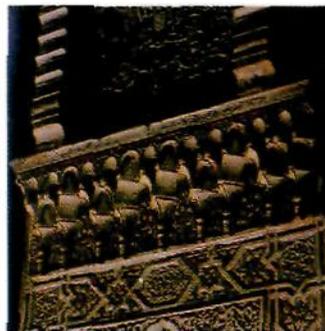
E



F



G



C



H

- A) ataurique.  
 B) decoración de lazo.  
 C) muqarnas o mocárabes.  
 D) «sólo alá es vencedor», lema de la monarquía granadina, es el texto más repetido en las paredes de la alhambra.  
 E) ventana de arco de medio punto angrelado.  
 F) arco de herradura apuntado.  
 G) arco de muqarnas.  
 H) columna tipo coronada con un ábaco sobre el capitel.

lugar donde se encuentran, citando a veces a los constructores de cada zona, se reparten por todos los muros de la residencia real. Generalmente sirven para subdividir las paredes delimitando la ornamentación de ataurique o de lazo.

**Ventanas.** De arco de medio punto al que se le agrega una decoración llamada *angrelada* a base de pequeños dientecillos en todo su trazado. El arco descansa a veces sobre columnas adosadas a la pared. Abundan las ventanas dobles separadas por una columna. En tiempos nazaritas poseían celosías de maderas (ajimeces) para tamizar la luz e incluso vidrieras de colores.

**Arcos.** De dos tipos, según estén en la Alcazaba o en la Residencia Real. Los de la Alcazaba suelen ser de herradura apuntados, mientras que los de la Residencia Real son de medio punto peraltados y con una labor *angrelada* similar a las de las ventanas. Existen arcos de herradura, pero únicamente en el mihrab de los oratorios.

**Columnas.** Esbeltas y no muy altas, de fuste cilíndrico, su base se ensancha ligeramente. El capitel suele ser casi cúbico con los ángulos redondeados y decorado con ataurique. Cerca de éste y de la base suelen aparecer collarines que rompen la monotonía de los fustes, totalmente lisos.

Sobre el capitel aparece el ábaco, más bien bajo y muy abierto hacia los lados para ensanchar la superficie de sustentación del capitel.

## La luz, atributo divino

Esta reseña no nos puede hacer olvidar que todos los elementos descritos estaban en función de un espacio y un ambiente muy determinados. La Alhambra nos ha llegado desnuda. Sus muebles, alfombras y tapices no la han sobrevivido. Apenas unos jarrones de cerámica y una lámpara que no desmerecen de la arquitectura que los albergó. Todo en ella invitaba a la vida. Sus suelos de mármol cubiertos con tupidas alfombras, sus paredes surcadas por miles de grabados, sus techos artesonados y cuajados de muqarnas entre los que el aire se engancha ingravido, el *agua de los surtidores* y *fuentes* encauzada por ingeniosos canales... Lo que hoy nos admira es un leve recuerdo de lo que fue en sus tiempos más espléndidos. En ese mundo recoleto e íntimo, la existencia discurriría como en un sueño sólo interrumpido por las intrigas dinásticas. La crueldad que a menudo anidó en los salones de La Alhambra se pierde al contrastarla con el espíritu sensual que se advierte en ellos.

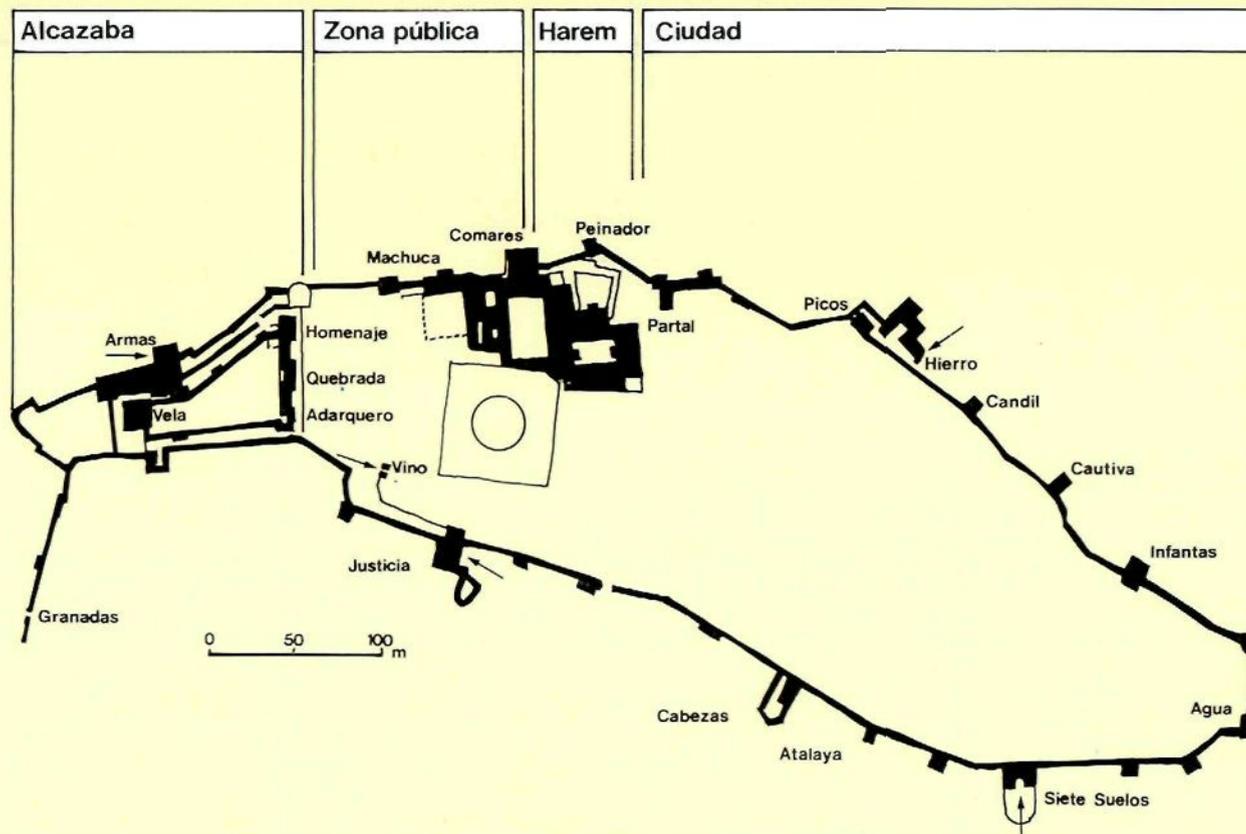
En la recreación de esa intimidad, la luz juega un papel decisivo. Las ventanas la tamizaban a través de celosías y vidrieras de colores haciendo que las paredes, alfombras y tapices cobraran vida propia. La vibración de los muros ante la luz los haría aún más irreales de lo que ahora parecen.

El empleo de la luz no es sólo estético: símbolo de la divinidad, su efecto sobre los interiores creará una atmósfera espiritual recordatoria de cuál es el origen de todos los dones de los que disfruta el creyente que en ellas se encuentra.

En este mundo semi mágico, evocador de unos anhelos difíciles de comprender por mentes occidentales, se desarrollaron los sucesos más importantes de la última etapa hispano-musulmana.

Considerada universalmente como el palacio más refinado que nos ha legado la Historia, La Alhambra es el recordatorio vivo de lo que supuso la civilización islámica en España, desapareciendo con sus moradores un espíritu y concepción del mundo que, con su vitalismo y creencias, se oponía frontalmente al todopoderoso empuje de la civilización cristiana en el occidente europeo.

# La ciudad independiente



Distribución general de La Alhambra por zonas diferenciadas. Las puertas de acceso a la fortaleza están marcadas por flechas. El resto de los nombres corresponden a las torres más importantes.

## Un mundo aparte

La Alhambra era una ciudad dentro de otra ciudad. Comunicada con Granada por medio de las fortificaciones comunes, su vida discurría al margen de la actividad cotidiana de la Medina que se extendía a sus pies. A excepción de la zona que podríamos llamar «noble», casi todo el resto de la Alcazaba granadina nos ha llegado arruinado o desfigurado, por lo que la dificultad en reconstruirla es grande.

No obstante, y haciendo un esfuerzo basado en lo que fue su realidad en tiempos nazáritas, podemos imaginarnos su distribución y funcionamiento.

Para empezar, la vegetación que hoy la rodea no existía. Hubiera sido un estorbo para la defensa. Yermas las laderas, desde la Sabika

se podía vigilar cualquier movimiento de tropas que intentaran el asalto a la Alcazaba. Los atacantes, a su vez, no habrían encontrado ningún parapeto donde hacerse fuertes y hubieran caído ante los proyectiles lanzados desde las murallas y torres.

Recorriéndola de Oeste a Este, La Alhambra se dividía en cuatro cuerpos diferenciados entre sí, de los que el primero sería la Alcazaba propiamente dicha, a la que se accedía después de sortear un sistema defensivo diseñado para impedir la entrada a todo el que intentara hacerlo violentamente. Expertos en ingeniería militar, los nazáries contaban con un sistema de puertas acodadas y pasadizos en zig-zag que hacían imposible sustraerse a la acción de la guardia.

Siguiendo hacia Levante, y anexas a la Alcazaba, estaban las dependencias administrativas junto a los cuarteles de la guarnición,

la casa de acuñación de moneda y las residencias de altos funcionarios e invitados ilustres.

Inmediatamente se encontraba la Residencia del sultán dividida en una zona pública, el *serrallo*, alrededor del Patio de los Arrayanes, donde se centraba la vida oficial y protocolaria, y otra privada, el *harem*, alrededor del Patio de los Leones, más restringida e íntima, donde se encontraban las estancias particulares del sultán y su familia, demolida en parte para levantar el palacio de Carlos V en el siglo XVI. A continuación se extendía la ciudad de los servidores y funcionarios de La Alhambra. Desaparecida totalmente, su aspecto sería similar a la de cualquier otra. Encerrada en el circuito amurallado, este microcosmos vivía al margen de Granada, con una dinámica impuesta por las necesidades de la Corte y, seguramente, a expensas de los torbellinos políticos que periódicamente se desencadenaban en la Residencia Real.

## La Alcazaba

Ya hemos dicho que la Alcazaba fue comenzada por el primer sultán nazarita, Muhammad I, continuando la labor sus predecesores. Estos, a la vez que engrandecieron sus estancias particulares, dedicaron gran parte de los esfuerzos constructivos a defender convenientemente la ciudadela hasta que bajo Muhammad V se puede considerar terminado el complejo con algún que otro retoque posterior.

Aunque el término Alcazaba abarca todo el recinto de La Alhambra, en este apartado nos referimos sólo a la parte puramente defensiva del mismo, situada en la parte occidental de la colina Sabika.

Fuertemente amurallada y protegida principalmente por las torres de la Vela y del Homenaje, comunicaba con Granada por medio de lienzos de muralla similares a los de alcazabas como la almeriense o malagueña. Este modelo de fortificación, originario de Oriente, propiciaba una comunicación inmediata entre la Medina y su bastión protector. Los corredores amurallados hacían posible reforzar cualquier punto de una manera casi instantánea a la vez que dificultaban el avance enemigo. De estos corredores nos ha llegado el que unía la punta occidental de La Alhambra con las Torres Bermejas, sitas unos 200 metros al sur de este espolón.

La Alcazaba era un castillo convencional. Protegida por las torres mencionadas y otras dos conocidas como la Quebrada y del Adarquoero, contenía las dependencias de la guarnición y una plaza de armas.

A este complejo se accedía desde el exterior por una puerta situada al Norte de la Torre de la Vela, la de las Armas, levantada sobre otra anterior por Yusuf I hacia 1340, que comunicaba directamente con Granada después de recorrer un circuito que reforzaba su fortificación. La Torre de la Vela es la más importante de la Alcazaba. Cuadrada y con unos 27 metros de altura, está dividida en cuatro pisos y una terraza. La planta baja sirvió de mazmorra. Conforme se sube en altura, sus muros disminuyen de grosor, reforzando la consistencia en su parte baja. Construida con el hormigón al que debe el nombre la ciudadela, su austeridad se incrementa por la ausencia de cualquier adorno decorativo.

Las naves interiores están cubiertas con bóvedas de cañón, apareciendo también otra muy característica de la construcción nazarí: la esquifada.

Esta bóveda parte de una base rectangular y se constituye por paños de superficie curva. Su nombre viene dado por la semejanza de su sección con un esquife o barco pequeño. La bóveda esquifada la encontraremos preferentemente en las cubiertas de los baños, alternando con la cúpula del mismo nombre. Las superficies de ésta son triángulos curvos unidos en uno de sus vértices.

La otra torre más importante, la del Homenaje, está situada al Nordeste de la Alcazaba y es de planta rectangular con seis pisos.

El interior de la fortaleza contenía las dependencias de la guarnición, almacenes, un baño y un par de aljibes que recibían el agua de la Acequia Real, acueducto proveniente del caudal del río Darro construido bajo Muhammad I.

Las edificaciones de la guarnición son modestas y desarrolladas alrededor de patios pequeños. Sin embargo, hay una gran profusión de servicios higiénicos.

## El resto de las defensas

Partiendo de la Alcazaba, las murallas ceñían la Sabika hacia el Este hasta contabilizar 2.200 metros de perímetro. Con torres cada

30 ó 50 metros, muchas de ellas con puertas de acceso de su imponente nos habla el hecho de habernos llegado casi intactas.

No todas fueron defensivas. Las de Machuca, Comares o del Peinador de la Reina pertenecieron al conjunto palaciego. El resto, hasta 22, facilitaban la movilidad de la guarnición en caso de ataque. Su concepción era la clásica de cualquier recinto amurallado: en cada torre había un retén responsabilizado de guardar el lienzo de muralla que le correspondiera. Si se veía sobrepasado por los atacantes, los defensores de las torres aledañas podían acudir en su ayuda con una simple carrera.

Esta comunicación se solucionaba en la zona palaciega por medio de pasadizos de ronda a un nivel inferior al de las estancias nobles, evitando así molestar a sus ocupantes.

Las puertas de acceso eran cuatro, tres de ellas en la muralla y una interior. Las de la muralla —Justicia, Siete Suelos y de Hierro— eran muy similares entre sí: acodadas, su planta permitía la defensa desde todos los ángulos por medio de fuego cruzado.

La principal era la de la Justicia. Construida por Yusuf I, su trazado es de triple recodo con techos abovedados y desde ella se accedía a todas las dependencias de La Alhambra. Su entrada está franqueada por un arco de herradura enmarcado por un alfiz. En la clave de este arco hay una mano abierta en relieve. Sobre el alfiz se desarrolla un dintel de dovelas entrantes y salientes que recuerdan al arte califal cordobés.

La mano que aparece sobre el arco de entrada es un signo islámico tradicional. Conocida como «mano de Fátima», quiere representar los cinco mandamientos del Islam: creencia en Alá, oración, ayuno, limosna y peregrinación a La Meca.

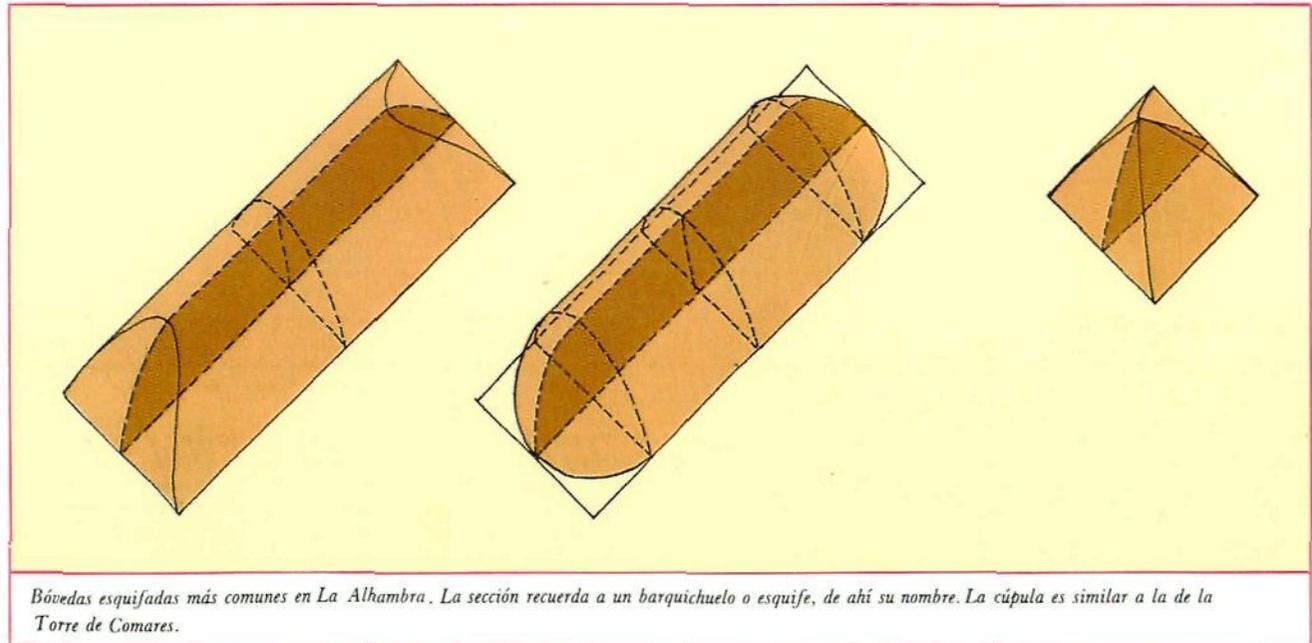
Las historias urdidas alrededor de La Alhambra han creado sobre ella una fábula curiosa. Como el arco que comunica con el interior de la Alcazaba tiene a su vez el grabado de una llave, la leyenda

cuenta, basándose en los poderes nigrománticos del fundador de la dinastía nazarita, falsos por otra parte, que La Alhambra se mantendrá en pie hasta que la mano atrape la llave. En ese momento, toda la fortaleza quedará reducida a polvo, mostrando los fabulosos tesoros que hipotéticamente guarda. Fantasías aparte, la mayor polémica de esta puerta se centra en su nombre. Dotada de un amplio pórtico en su parte exterior recorrido por un poyete, se creyó que el nombre de Justicia derivaba de la costumbre de los cadíes o jueces de ejercer allí sus funciones, pero no está suficientemente probado que así fuera. Es posible que en este pórtico tuvieran lugar algún tipo de actos o ceremonias, pero la denominación parece derivar de la desfiguración del vocablo árabe *saria*.

Con este nombre se designan los lugares despejados donde se celebran actos al aire libre, tales como paradas militares u oraciones masivas como las motivadas por la Pascua islámica. En algunas ciudades estas explanadas eran dos, *musara* y *musalla*, según su carácter devoto o castrense. En el caso granadino, parece que contó con dos de uso común. Según esta explicación, la Bab-al-Saria fue la puerta utilizada por los sultanes y grandes dignatarios para dirigirse a presidir estas ceremonias solemnes, al margen de su utilización como tribunal o lugar de reuniones.

La segunda puerta en importancia debió ser la de Hierro o del Arrabal. Situada al norte del recinto, forma parte del bastión defensivo de la Torre de los Siete Picos. Comunicaba La Alhambra con El Generalife.

La otra puerta, de los Siete Suelos, está al Sureste. Flanqueada por dos torres de 22 metros cada una, también se conoce como Puerta de las Cisternas o de las Albercas. Esta puerta parece ser que fue la utilizada por Boabdil para abandonar La Alhambra. Tapiada, según la tradición, por los Reyes Católicos respondiendo a un ruego personal del sultán, fue volada en parte por los ejércitos napoleónicos en 1812.



Bóvedas esquifadas más comunes en La Alhambra. La sección recuerda a un barquichuelo o esquife, de ahí su nombre. La cúpula es similar a la de la Torre de Comares.

Dentro del recinto amurallado se encuentra la Puerta del Vino. De arcos de herradura apuntados, uno de sus pórticos está decorado con ataurique y el otro con azulejos de cerámica. Es la única puerta no acodada, por lo que se pone en duda su carácter defensivo. Es posible que sirviera para separar la residencia del sultán del resto de la Alcazaba por medio de una cerca que partiera de ella, pero no es seguro.

## La ciudad de los servidores

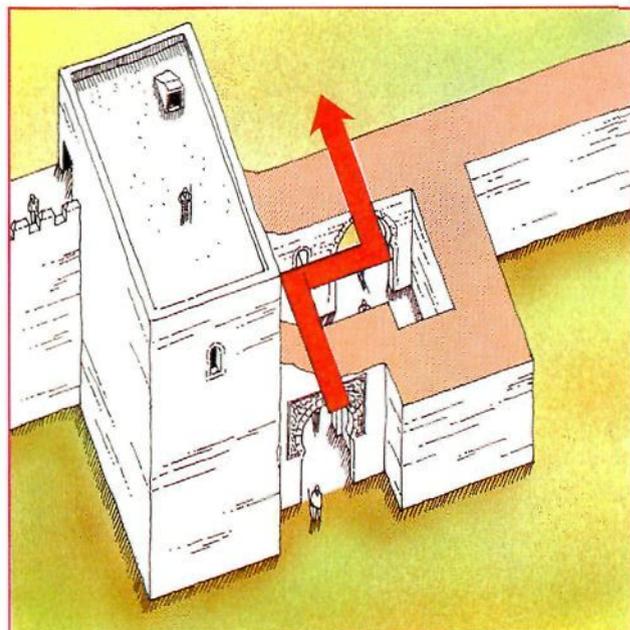
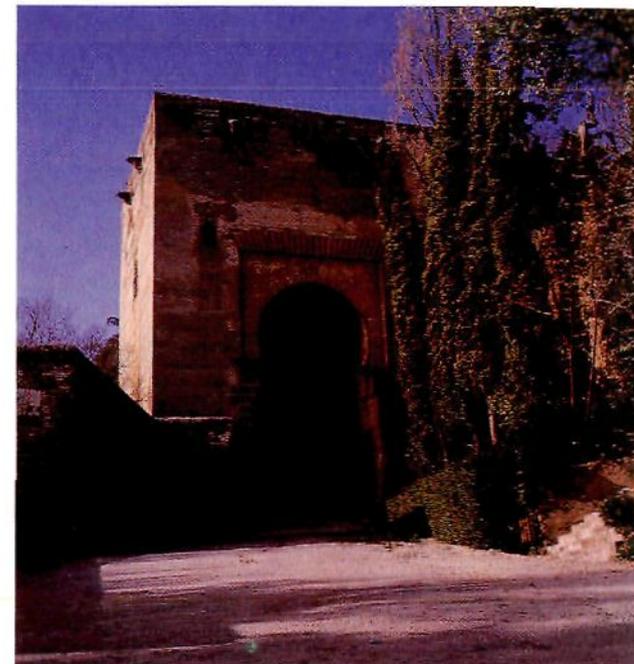
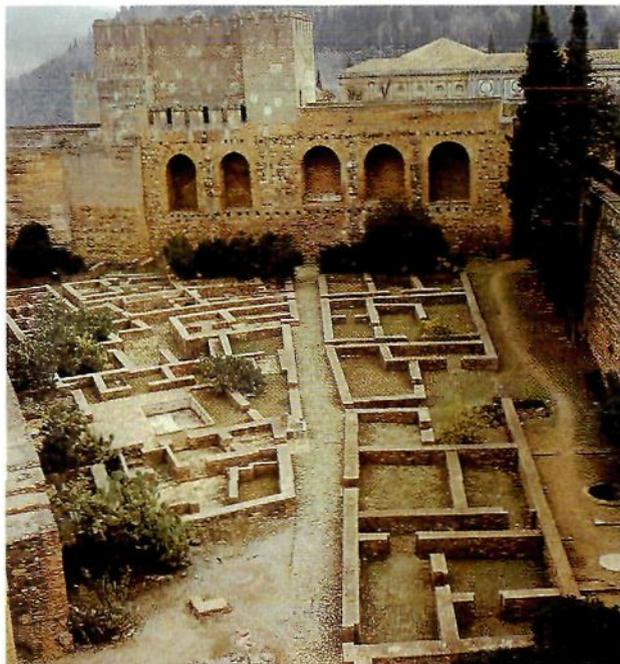
Situada al Sureste de la fortaleza, no nos ha llegado prácticamente nada de ella. Formada por casas más bien modestas que siguen la pauta de alzarse según el capricho de sus moradores, debió ser un núcleo urbano tan abigarrado como el de la Medina granadina extendida a sus pies.

Su actividad giraba alrededor del palacio del sultán y por sus callejuelas se abrían multitud de tiendas, mercadillos y almacenes que surtían de todo lo necesario a una población que rara vez tenía que bajar a Granada. Contó con baños, una escuela superior o *madrassa* y una mezquita de tres naves construida por Muhammad III sobre la que hoy se alza la iglesia de Santa María.

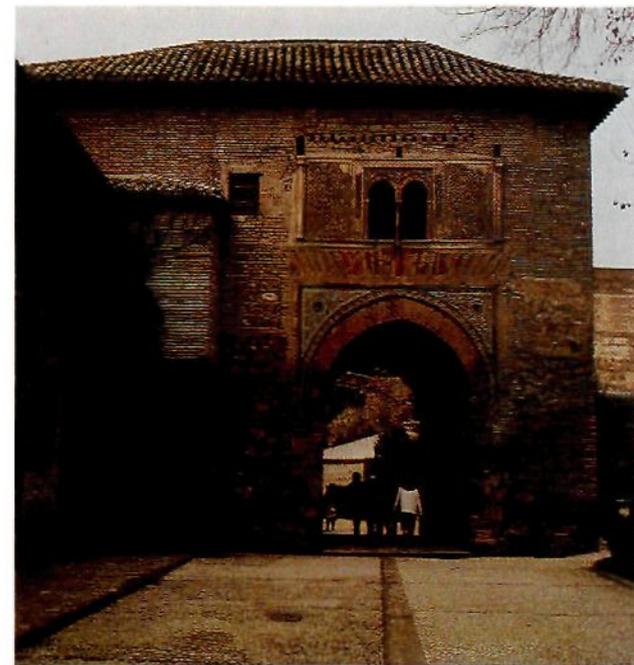
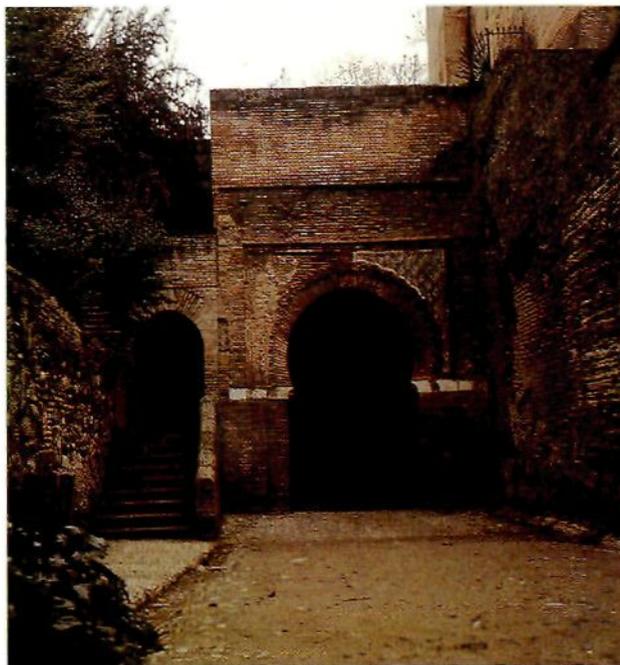
En esta mezquita encontró la muerte el sultán Yusuf I a manos de un demente en 1354.

Hoy no quedan más que ruinas ajardinadas sobre las que se levanta el convento de San Francisco, convertido en Parador de Turismo, y alguna que otra construcción.

De izquierda a derecha y de arriba a abajo, vista de las casas del cuartel de la Alcazaba, exterior de la Puerta de la Justicia, interior de la misma y Puerta del Vino.



Esquema de puerta defensiva de acceso a la Alcazaba en el que se hace notar el acodamiento de su trazado.



# La Casa Real

## El conjunto administrativo

La división de la Residencia Real granadina en partes privada y pública se debe más a un problema de uso que de estilos arquitectónicos. El visitante que se adentra en sus dependencias sin un conocimiento previo, es incapaz de discernir los límites entre las dos, lo cual es perfectamente lógico. El amontonamiento de los pabellones dificulta la partición orgánica hasta para los investigadores que intuyen, más que saben, el posible uso de determinadas estancias.

No obstante, esa distribución de la Casa Real puede hacerse en torno a los tres patios más importantes que nos han llegado.

El de Machuca sería el centro de las dependencias administrativas, el de los Arrayanes el eje de la vida oficial, y el de los Leones el corazón de la parte más íntima del palacio.

Al patio de Machuca se accedía a través de otro más occidental que comunicaba con la Alcazaba y con la puerta principal de la Fortaleza. Situándonos en la época del esplendor nazarita, franquearíamos la Puerta de la Justicia, atravesaríamos la del Vino y nos encontraríamos ante esa primera plazoleta circundada por varios edificios destinados a vivienda de altos funcionarios y huéspedes ilustres, casa de acuñación de moneda y servicios burocráticos. De esta plazoleta, que también contaba con un abrevadero para las caballerías, pasaríamos a otra segunda muy similar en cuanto a uso

y dependencias, de la que se podría destacar algo tan poco usual en la Europa cristiana como los urinarios públicos.

De este segundo patio accederíamos al de Machuca en línea recta o a una mezquita situada antes de llegar a él y a su derecha. Esta mezquita u oratorio es de dimensiones reducidas y sería la utilizada por el personal de la Alcazaba. Tenía una pila para las abluciones y su puerta era de arco de herradura.

El patio de Machuca, de planta cuadrada, es más elevado que los anteriores. Con un estanque central, en su lado norte se abre un pórtico de nueve arcos que precede a una torre de la muralla de la que nace un mirador porticado construido por Muhammad V.

Esta torre está decorada con azulejos y yesería labrada en ataurique y decoración de lazo a partir de estrellas de ocho puntas, rematando las paredes un friso de muqarnas.

El techo es de madera artesonada alrededor de una pequeña cúpula también de muqarnas.

De este patio, que debió servir de antesala a ciudadanos que fueran a resolver asuntos burocráticos o judiciales se pasa, por medio de otro patio más pequeño, al *mashwar*, habitación de uso incierto, pero en la que se supone se reunía el Consejo de Ministros presidido por el sultán. Otra hipótesis sostiene que en esta dependen-

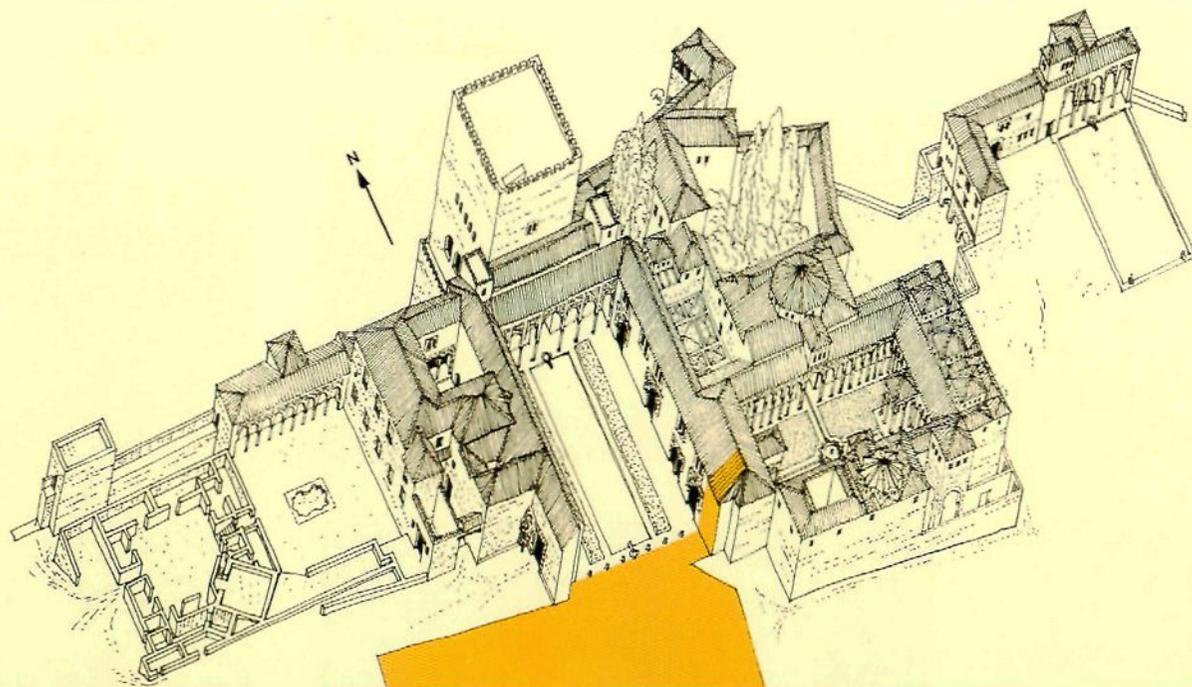
cia se celebraban las audiencias que el monarca concedía a sus súbditos los lunes y jueves de cada semana, pero es bastante improbable.

Sea cual fuera su utilidad, es más que seguro que estuviera ligada al rey de manera particular, puesto que en su muro norte se encuentra un oratorio mandado levantar por Muhammad V para su uso exclusivo, del que cabe destacar el muro kibla en el que se abre un mihrab orientado a La Meca enmarcado en un arco de herradura cuyas dovelas siguen el modelo radiante impuesto por el arte califal cordobés siglos atrás.

Continuando el recorrido y dejando atrás el *mashwar* nos encontramos con el conjunto formado por el *cuarto dorado* y su patio. De uso no muy definido, era el paso utilizado por los asistentes de calidad para acceder a la residencia del sultán y el utilizado por éste para las audiencias públicas.

La sala fue muy modificada por los Reyes Católicos. Decorada a base de escayola y yeso, tiene un pórtico con tres arcos de los que el central es mayor que los laterales. Las cinco ventanas con que cuenta este *cuarto dorado* se realizan con frisos de muqarnas, dotándoles de cierta majestuosidad.

A partir de una de las puertas del patio se comunica con un pasadizo que desemboca en el *Patio de los Arrayanes*, eje de La Alhambra política y representativa.



Perspectiva de la Casa Real tal y como está en la actualidad. Es de notar el absurdo de las cubiertas de la zona del *Mashwar*, debidas todas ellas a épocas cristianas. La zona coloreada corresponde al palacio de Carlos V.

# El Patio de los Arrayanes

Es el mayor, con diferencia, de todos los existentes en la Casa Real. Rectangular, de 36,60 metros de largo por 23,50 de ancho, su centro lo ocupa un estanque de 34,70 metros de longitud por 7,15 de anchura flanqueado en sus lados más largos por setos de mirto o arrayán, de los que toma el nombre más común de todos los que posee.

Los años han ido cambiando su denominación según la característica descubierta por el cronista correspondiente. Así, se conoce también por Patio de Comares, al ser antesala de la torre del mismo nombre o Patio de la Alberca (Al-Birka) por el estanque que le cruza.

Construido por Yusuf I y modificado por su sucesor e hijo Muhammad V, su fachada septentrional nos introduce en el Salón del Trono.

Tanto ésta como la meridional están cubiertas por sendos pórticos sostenidos por columnas de los que el arco central es mayor que los restantes. La fachada sur nos hubiera llevado en tiempos nazaritas al harem. Hoy comunica La Alhambra islámica con el palacio de Carlos V.

A partir del Patio de los Arrayanes, nuestro concepto del espacio ha de cambiar si queremos captar todos los matices que encierra la arquitectura nazarita. Aunque hemos detallado su filosofía abstracta, posee otros detalles vitales para comprender ciertas peculiaridades de gran interés.

El arte nazarita está concebido para recrearse en las partes y no en el todo. En ese sentido, es un arte de ambientes, de ángulos, de rincones.

En La Alhambra es más importante una labor de auri que la gracia de una columna o viceversa. La reiteración de dibujos en las paredes está más destinada a fijar la vista en ellos y dejarse llevar por ensueños que a impresionar a visitantes foráneos.

Esta intimidad se incrementa por ser una arquitectura para ser observada desde el suelo. Sólo así se entienden aspectos como la altura de las fuentes, mínima, o el recortado de los setos, formados siempre por plantas no caracterizadas por su crecimiento en altura o los alfeizares de las ventanas, muy bajos para nuestro concepto de utilización. Todo está pensado para ser admirado a una escala humana y asequible al reposo. Por otro lado, una visión no reflexiva de La Alhambra nos puede dar una idea engañosa sobre la presunta fragilidad de sus edificios.

Si nos abstraemos de todo lo que nos rodea y, sentándonos en cualquiera de sus estancias, observamos lo que abarca nuestra vista, la descompensación aparente entre unas columnas más que frágiles y unos lienzos de pared que, pesar de sus relieves, parece que se van a desplomar, no nos resultaría tal.

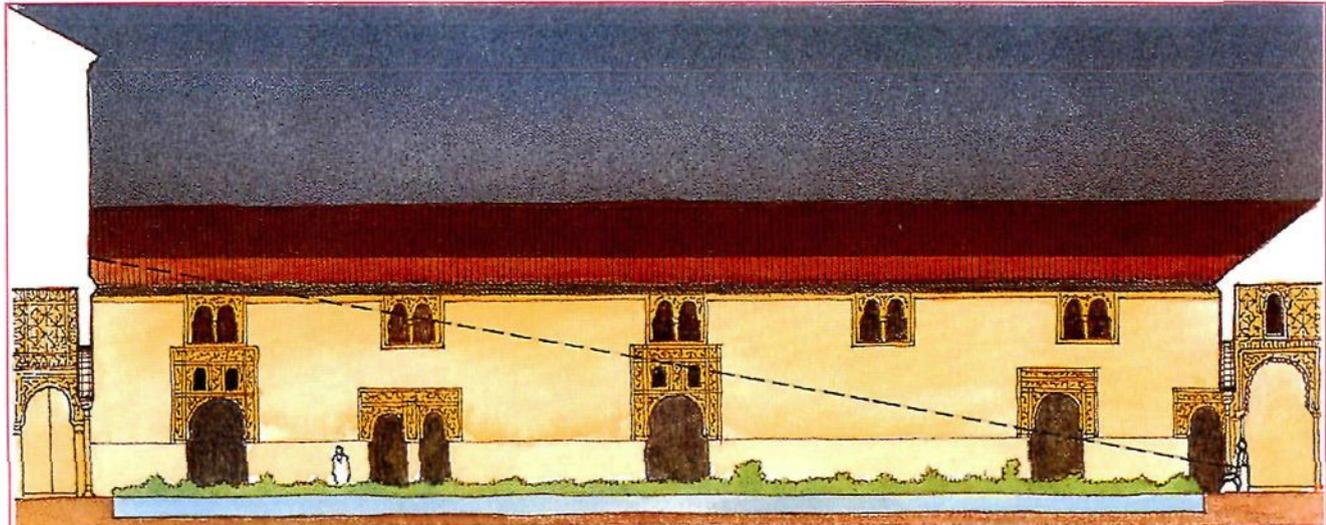
Nos encontraríamos inmersos en otro mundo en el que los matices crearían una atmósfera de liviandad a la altura de nuestros ojos idéntica a la captada por los nazaritas que la concibieron.

Entendido este concepto, el Patio de los Arrayanes, con su estanque alargado, se nos presenta como un tránsito de años-luz entre las habitaciones privadas del sultán, al sur y el Salón del Trono, al norte. Agachados, desde un ángulo cualquiera de sus pórticos, la longitud que posee queda inmediatamente multiplicada por el valor que desde ese ángulo de observación toma la horizontalidad de la alberca.

Este concepto de espacio que tiende a separar los dos mundos que coexisten en La Alhambra, el oficial y el privado, se patentiza cuando nos introducimos en el Salón del Trono a través de la Sala

de la Barca. Estrecha, esta sala nos prepara para entrar en lo que será la muestra de la apoteosis del poderío nazarita. Con una bóveda que recuerda la forma de una embarcación —de ahí su nombre—, realizada en madera policromada con motivos ornamentales geomé-

tricos, bastante dañada en el siglo pasado por culpa de un incendio, el arco de entrada a la sala presenta una labor de muqarnas que contrasta con la solidez de las puertas de acceso realizadas en madera tallada siguiendo la decoración de lazo.



Torre de Comares →

Gráfico en el que se muestra hasta dónde llega la atención visual de un observador sentado en un extremo del Patio de los Arrayanes y que puede servir como referencia para apreciar la poca importancia estética de los tejados en el arte nazarita. El efecto se acentúa en el Patio de los Leones.

A la izquierda, el Patio de Machuca, y a la derecha, fachada sur del Patio del Cuarto Dorado, donde el sultán efectuaba las audiencias públicas.



## La Torre de Comares

Aunque construida primitivamente en el siglo XIII, fue Yusuf I quien la dotó de su apariencia actual. Por ella pasa un camino de ronda que servía para unir todos los puntos susceptibles de defensa de la Residencia Real y que desemboca en los baños privados del sultán.

Lo más importante de esta torre es el Salón del Trono o de Embajadores, única estancia verdaderamente monumental de La Alhambra. Rectangular, pero con apariencia cuadrada, los muros que se abren al paisaje contienen tres nichos cada uno con sendas ventanas que en su día contuvieron vidrieras de colores tamizadas con ajimeces. El efecto luminoso conseguido con ellos da nombre al salón regio: Comares o Al-Qamriyya significa cristal coloreado.

Las cámaras laterales están decoradas con azulejos y yeso en tonos cálidos, siendo más ricos los centrales. La situada en el centro del muro norte era la ocupada por el sultán en los actos oficiales.

Existen otros huecos ciegos más pequeños a la entrada del salón orlados con textos que cantan las excelencias de Yusuf I y que servían para colocar búcaros o jarrones con flores.

Por debajo de la cubierta, otras ventanas con celosías de yeso tamizan la luz cenital. La techumbre es una cúpula esquinada recubierta de madera decorada con polígonos estrellados que la dan una apariencia de profundidad superior a la que tiene realmente. El pavimento era de mármol blanco.

La decoración de las paredes es de ataurique a partir del alicatao de cerámica para pasar a los motivos decorativos geométricos de lazo en la parte inmediatamente anterior a las ventanas superiores.

Esta descripción somera de las características técnicas no traducen el ambiente que reinaría en el salón en día de recepción oficial. Imaginemos unos dignatarios arropados en vestimentas de seda cuya fama y lujo traspasaba las fronteras, enojados con el oro trabajado por los orfebres granadinos, reposando en cojines relucientes o pisando alfombras de Extremo Oriente, bañados por una luz que, tintada por las vidrieras o matizada por las celosías superiores, haría de todos los personajes imágenes más cercanas al sueño que a la realidad. Y todo ello incrementado por el deslumbramiento producido al pasar de un espacio diáfano como el Patio de los Arrayanes a una estancia suspendida en una semipenumbra estudiada a fondo por los arquitectos nazaries...

Aún hoy, sin celosías ni vidrieras en las ventanas y con un suelo que no corresponde al original, destruido por otro incendio en el siglo XVI, algo de esa atmósfera se puede palpar en el ambiente. Quizá sea la perfección de la obra creada para ser vivida y no para ensalzar abstracciones fuera del alcance humano.

## El harem granadino

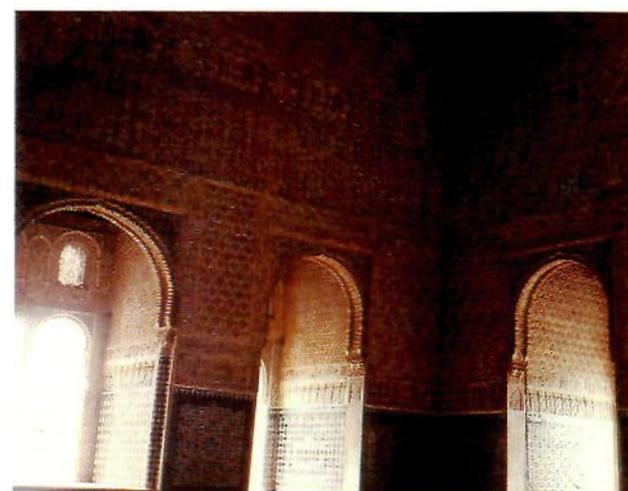
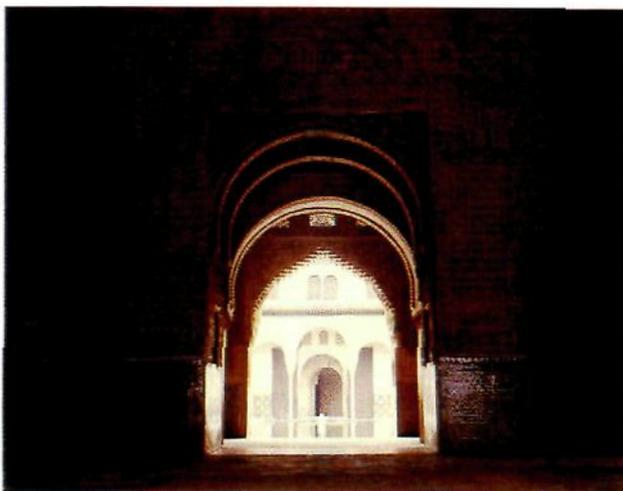
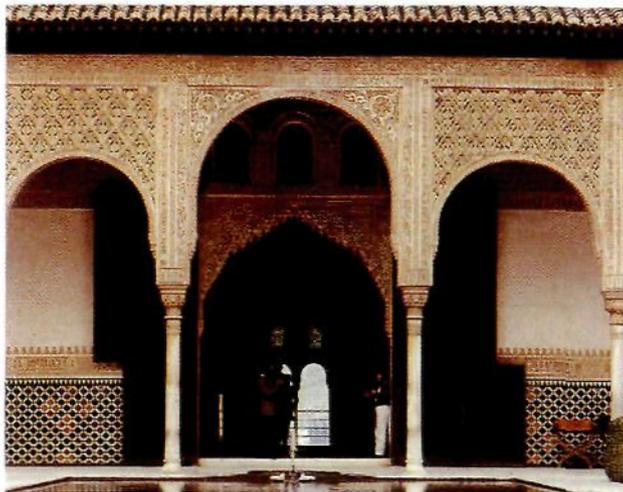
Si el Patio de los Arrayanes y el Salón del Trono corresponden a la parte pública del palacio de La Alhambra, la conocida por *serrallo* en el mundo islámico, el Patio de los Leones forja a su alrededor la zona privada a la que sólo los muy íntimos acceden. Es lo que se llama *harem*.

En Occidente se tiene una idea confusa del término. La mala literatura y la peor cinematografía han dado una visión absurda del mismo. En realidad el harem es la parte de la vivienda hurtada a la curiosidad de la calle donde el individuo encuentra la paz que busca cuando se introduce en casa.

La preponderancia del elemento femenino en él, aunque cierta, hay que matizarla. El Corán pone como límite cuatro esposas por

creyente, pero la realidad es que casi nadie llegaba a ese número. Lo normal era tener una y sólo las clases adineradas sobrepasaban la cifra dictada por el Corán echando mano a anulaciones matrimoniales fraudulentas o mediante la simple compra de la cautiva deseada. En el caso de los monarcas, el número de esposas sí era abultado. El matrimonio era una forma de rubricar tratados políticos con reyes aliados y, mientras los cristianos casaban a sus príncipes y princesas según las conveniencias del momento, los sultanes lo hacían directamente sin necesidad de inmiscuir obligatoriamente a la familia.

El harem de La Alhambra, aunque grande, nunca llegó a las dimensiones del cordobés y de él sólo queda la mitad de sus instalaciones. La otra está ocupada por el palacio de Carlos V.



Arriba, vista del pórtico Norte del Patio de los Arrayanes, desde el que se accede al Salón del Trono. A su lado, la fachada Sur.

Abajo, dos vistas del interior del citado Salón. La de la izquierda corresponde a la entrada y la de la derecha a un ángulo de la fachada Norte. La cámara de la izquierda era la que ocupaba el sultán.

## El palacio de Carlos V

Considerado uno de los edificios renacentistas más bellos existentes fuera de Italia, ha sido objeto de múltiples críticas por romper los moldes estéticos de La Alhambra.

En su descargo se puede decir que, en el fondo, continúa el espíritu de sus antecesores: Los monarcas nazaritas construían para sí mismos. No tenían un sentido dinástico de la arquitectura, sino personal. Visto desde esa óptica, aunque su traza sea chocante, el palacio de Carlos V responde perfectamente al espíritu de La Alhambra. El emperador lo hizo para uso propio y no para reafirmar el espíritu occidental sobre el islámico.

Su construcción está relacionada con su admiración por Granada y con el amor que sintió por su primera esposa, Isabel de Portugal. Casado con ella por motivos estrictamente políticos en Sevilla el año 1525, la inteligencia y belleza de esta mujer, reflejadas por Tiziano en sus lienzos, hizo que Carlos V se enamorara profundamente de ella.

Seguramente en recuerdo de los primeros tiempos de sus relacio-



Arriba, patio del palacio de Carlos V y vista del Patio de los Leones desde el Salón de los Reyes. Abajo, vistas de los pabellones.

nes amorosas pasados en La Alhambra, en 1527 comienza las obras del palacio dirigidas por el arquitecto Pedro Machuca, formado en Italia.

Las obras sufrieron varios altibajos. Isabel morirá prematuramente en 1539. En 1568 la rebelión de los moriscos confinados en las Alpujarras hace suspender las obras, bastante retardadas. El emperador muere en 1558 y será su hijo Felipe II el que las reanude en 1579.

De forma cuadrada y con un patio central circular, sus dos plantas porticadas reflejan un sobrio clasicismo acentuado por el orden de las columnas: dóricas en la planta baja y jónicas en la siguiente.

De sus fachadas exteriores destaca la portada principal con al-  
torrelieves del escultor Nicola da Corte.

Obra forjada en la juventud del emperador —tenía veintisiete años cuando se comenzó— la elección del solar del harem desaparecido no deja de ser curiosa, dados los motivos que le llevaron a decidir su construcción. Es posible que Carlos V comprendiera La Alhambra mejor de lo que suponemos al contemplar su palacio.



## El Patio de los Leones

Es el eje de la zona del harem utilizada seguramente en invierno. Distribuidor de una serie de estancias destinadas a la vida privada del sultán y su familia allegada, es la representación más pura del intimismo musulmán.

Concebido como recordatorio del edén prometido por el Profeta, su estructura asombra tanto por lo que se ve como por lo que simboliza. Dividido en cuatro partes por los canalillos —alfagras— que unen la fuente central con otros estanques laterales, estas representaciones de cada uno de los cuatro ríos del Paraíso nos señalan a su vez los puntos cardinales.

El Paraíso prometido e imaginado por cada uno a la medida de sus anhelos, es la razón última del Patio. Prohibida su representación exacta por el Corán, esa recreación de la futura dicha se traduce en la sugerencia personal de lo que cada creyente espera encontrar en él.

Desde su disposición general, influenciada por los claustros cristianos, basada en galerías porticadas sostenidas por columnas, hasta la labor de calado de los muros que permite la filtración de la luz descompuesta en miles de claroscuros, todo invita a esa contemplación sugeridora.

Cuajado de flores y plantas en sus días de esplendor, es posible suponer que el nivel central del patio fuera inferior al actual para facilitar sin estorbos la visión de su perspectiva desde todos los ángulos. Lo importante del Patio de los Leones no es su estilo arquitectónico, similar al de toda La Alhambra, sino la disposición de sus elementos. Pensado para ser admirado sentado, los muros del pórtico que le rodea presentan un ataurique calado que los dota de una gran ingravidez resaltada por el ritmo de las columnas: si un capitel es sostenido por dos, el siguiente sólo por una, creando una grácil cadencia que se complementa con los dos templetes adentrados en el jardín.

Contrasta esa liviandad con la pesadez de las techumbres, demasiado macizas. Pero la intención de los arquitectos no era que se vieran en su totalidad desde la óptica sedente de los observadores. Distaída la vista en los parterres de flores y en la filigrana de las paredes, los tejados no serían objeto preferente de atención por parte de los usuarios de las dependencias del patio.

La fuente es el eje alrededor del cual se mueve la composición. Seguramente realizados en el siglo XI, los doce leones fueron aprovechados por Muhammad V para sostener la taza que distribuía el agua.

En su borde ostenta la inscripción de un poema de Abú Abdallah ibn Zamrak en el que se cantan las excelencias del lugar.

Este poeta, de azarosa vida, se vio envuelto en las luchas palaciegas granadinas al igual que el otro gran ensalzador de La Alhambra, Abú Abdallah Muhammad ibn al-Jatib. Enemigos personales, sus historias se entrecruzan para acabar de manera violenta los dos.

Personajes peculiares a los que sus dotes poéticas facilitaron el ocupar altos cargos políticos, sus biografías son una mezcla de altura literaria, ambición personal y cambio constante de lealtades en un anhelo inconsciente de resumir en sus vidas los avatares de una época que, tanto en Granada como en el Occidente europeo, se vio caracterizada por la traición y la bandería política.

En la parte oeste del patio se abre la sala de los mocárabes o Muqarnas, bastante deteriorada por un incendio en el siglo XVI, y que comunica con el Patio de los Arrayanes. Quizá era la sala utilizada por los visitantes autorizados a entrar en las estancias privadas del sultán para llegar a ellas.

Atravesando el Patio, su lado este lo ocupa la Sala de los Reyes. Usada para recibir esas visitas particulares, se divide en cinco tramos rectangulares separados por arcos de muqarnas de una gran complejidad y belleza, semejantes a los de los templetos del patio, pero de mayor magnificencia. La cúpula del tramo central es igualmente de muqarnas contrastando con los frescos que adornan tres de las restantes, realizados por pintores cristianos y que representan escenas caballerescas y el retrato de los diez primeros sultanes nazaríes.

Situándonos al sur del recinto, nos introducimos en la Sala de los Abencerrajes. Teñida por una siniestra leyenda según la cual el padre de Boabdil, Abdulhassan, asesinó en ella a un puñado numeroso de miembros del partido político que apoyaba a su hijo, es una sala que debió servir de dormitorio. A sus lados posee unos camarines destinados a albergar divanes y en su centro se abre un estanque cuyas aguas fluyen hasta la fuente de los Leones.

El techo de esta estancia es una cúpula de muqarnas que semeja una cueva, tal es el número de pequeñas estalactitas que contiene, partiendo de una estructura que convierte el rectángulo de las paredes en una estrella de ocho puntas.

En su lado contrario, al norte, se abre la sala de las Dos Hermanas. Llamada así por dos losas de mármol que rodean su estanque central, esta habitación forma parte de la zona preferida por la esposa de Boabdil, Aixa. Al menos, eso parece por las habitaciones que están contiguas a ella y que llevan su nombre, Daraxa o Lindaraja, transcripción castellana de DAR-AL-AIXA, casa de Aixa.

Lo fascinador de esta estancia es su cúpula de muqarnas. Desarrollada a partir de un octógono, de su complejidad geométrica nos hablan las cinco mil combinaciones diferentes de muqarnas que en ella se encuentran. Considerada la culminación ornamental del arte nazarita, se complementa con atauriques y lacería en sus muros, así como con versos labrados del poeta ibn Zamrak.

La siguiente estancia es el «mirador de Daraxa». Descolgada sobre el jardín del mismo nombre, del que destaca una fuente con otra inscripción de un poema de ibn Zamrak, desde ella se podía contemplar Granada hasta que se levantaron los pabellones de Carlos V.

Su decoración es de ataurique y cerámica, estando sus ventanales enmarcados por muqarnas.

Siguiendo el contorno del patio de Daraxa, se abre una galería que comunica con el denominado Patio de la Reja y a partir de éste se accede a los baños situados entre el Patio de los Arrayanes y la Sala de la Barca. Este patio también une los pabellones de Carlos V con el Salón de la Barca, antesala del Salón del Trono en la Torre de Comares.

## Los baños

Los baños son la expresión cotidiana de la calidad de vida musulmana frente a la cristiana. De la obligatoriedad coránica de realizar abluciones o lavados rituales antes de la oración, los árabes hicieron un verdadero culto a la limpieza frente a un mundo, el occidental, para el que todo lo referente con el propio cuerpo era tabú.

Este culto a la higiene personal tiene mucho de culto al agua. Un pueblo que carece de ella o la tiene en pequeña medida es lógico que la utilice con liberalidad en un medio donde abunda. Los árabes se convirtieron en maestros de su utilización allí donde sus conquistas les llevaron.

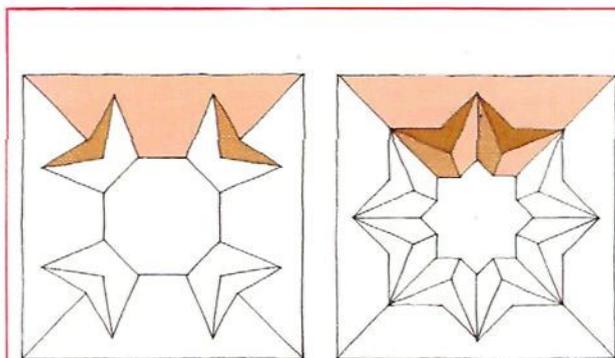
En La Alhambra se sabe al menos de la existencia de cuatro baños: el de la Alcazaba, los baños reales anejos al Patio de los

Arrayanes, el que se encuentra bajo la Sala de los Abencerrajes y el construido por Muhammad III junto a la mezquita de la ciudad extendida en la zona este de la Alcazaba granadina.

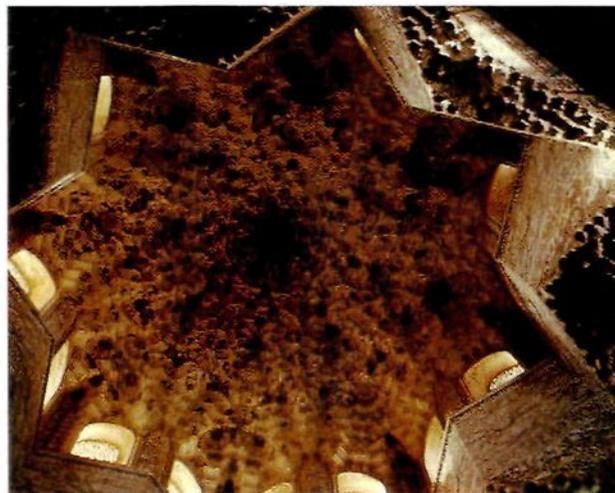
De ellos, los más ricos son los que forman parte del conjunto real. De características muy peculiares, y con una decoración similar al resto de las dependencias palaciegas, la suntuosidad de que hacen gala muestra la importancia que tuvieron en la vida cotidiana de la Corte.

Las cubiertas son de bóvedas esquivadas con multitud de aberturas estrelladas para el escape del vapor y que, dado que los baños son subterráneos, se encuentran a ras de suelo mostrando al observador una estructura que no deja de causar extrañeza.

Interiormente y, salvo variantes que dependían más del gusto personal que de otra cosa, los baños se dividían en cuatro partes



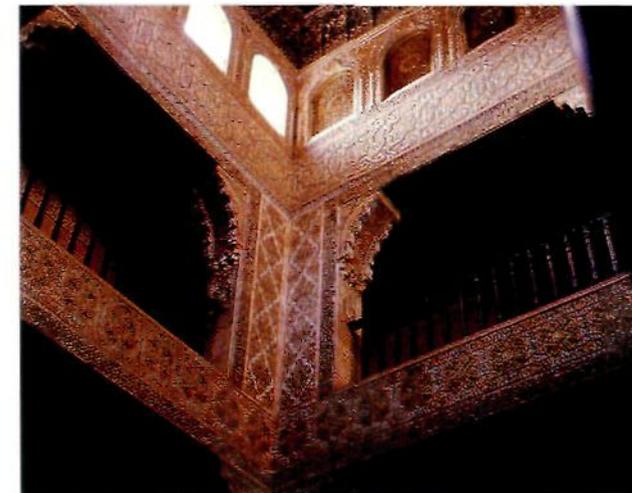
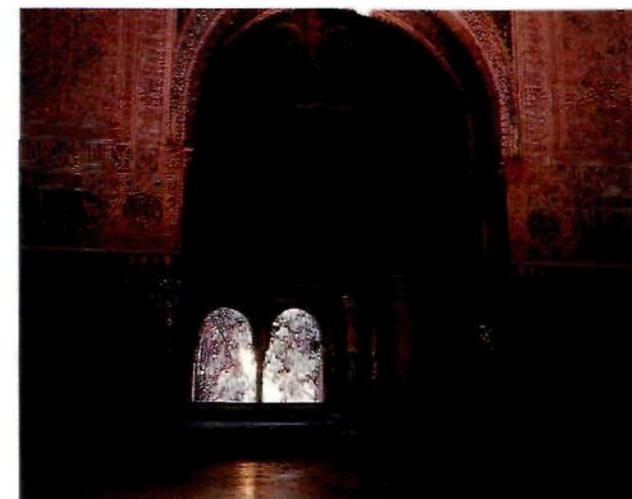
Esquemas del paso de un cuadrado a una estrella de ocho puntas-Sala de los Abencerrajes-y a un octógono-Sala de las Dos Hermanas.



complementarias de las que el baño frío sería la primera en ser utilizada, para pasar después al baño templado finalizando en el baño caliente. Esta práctica estimula la circulación sanguínea y ya era conocida por los romanos, quienes perfeccionaron la técnica con el uso de piscinas, saunas, etc. Luego de pasar por estas salas y antes de dar por finalizada la sesión, se acababa en una sala donde se reposaba en divanes situados en camarillas laterales.

Las instalaciones son impecables y de una contemporaneidad asombrosa, evidenciando las grandes dotes de ingeniería de los maestros nazaríes.

El concepto de vida que reflejan nos es más cercano en el tiempo que el de sus coetáneos cristianos. No hay más que recordar la creencia popular según la cual Isabel la Católica hizo promesa de no quitarse la camisa hasta no conquistar Granada. Semejante acto tan incatalogable hubiera sido imposible de creer en un hispano-musulmán.



Arriba, sala de las dos Hermanas, y al fondo, el mirador de Daraxa. Abajo, izquierda, cúpula de la sala de los Abencerrajes, y a la derecha, parte superior de la sala de reposo de los baños.

## El Partal

El Partal es un pabellón de recreo lindante con el jardín de Daraxa y tan pegado a la muralla que hubo que acabar cegando el portil que se encontraba en ese lugar.

Mandado construir por Muhammad III a comienzos del siglo XIV, es uno de los edificios más antiguos de La Alhambra. Cincuenta años más tarde, Muhammad V añadió una casa de doble planta, rematando el conjunto un oratorio.

El centro del Partal o Jardín de las Damas (Al-Parta) lo constituye el pabellón de Muhammad III. Su distribución es muy simple: una torre mirador rodeada de un edificio porticado que nos da la sensación de encontrarnos bajo una tienda de campaña más que bajo techado sólido.

Dominando la ciudad extendida abajo, y la finca del Generalife al frente, la torre es un ejemplo de la exquisitez nazarí al elegir los emplazamientos de sus construcciones.

Abierta a una explanada con estanques empedrada con guijos o piedras pequeñas haciendo dibujos vegetales y geométricos y separada en su día por una cerca del resto de la Alcazaba, sus dos habitaciones repiten la decoración del resto del palacio granadino aunque menos elaborada.

El pórtico que la rodea responde a la misma estética. Suspendido sobre la alberca que se extiende ante él, está formado por una arcada de cinco arcos de igual tamaño a excepción del central, algo mayor. Los pilares de ladrillo que la sostenían han sido sustituidos por columnas. En su interior, el pabellón presenta innumerables ventanas y vanos, por lo que su luz es bastante intensa.

Construcción de transición entre el estilo almohade y el nazarita, su planta sirvió de modelo a construcciones posteriores de la misma Alhambra.

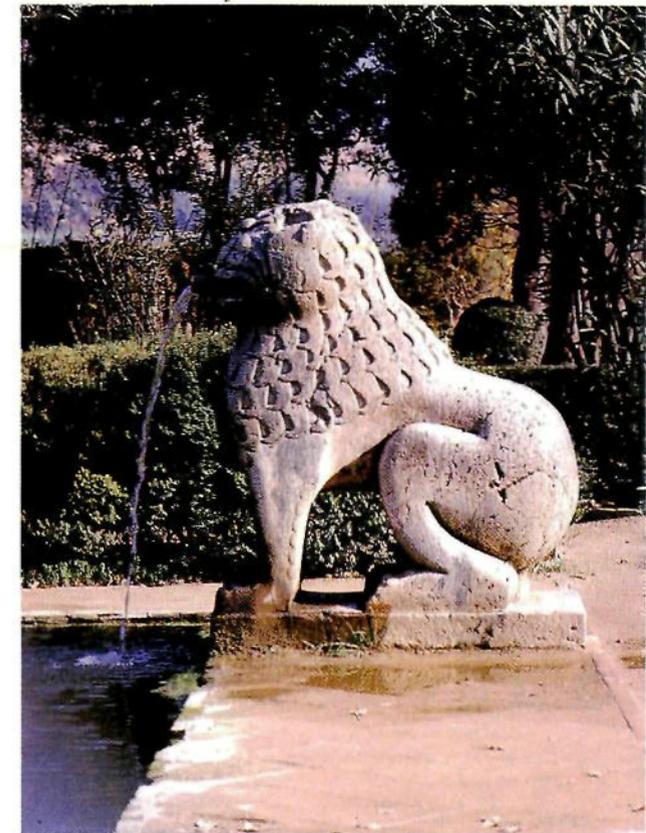
## La Rauda

Es el cementerio o maqbara de la familia real y la nobleza y se encuentra al sur del Patio de los Leones. De él cuenta la tradición que Boabdil exhumó los restos de sus antepasados para llevárselos hacia su exilio a las Alpujarras.

Construida por Yusuf I o su hijo Muhammad V, sus edificios o *qubbas* se dividían en dos estancias y estaban orientadas a La Meca (sudeste).

En una de las *qubbas* o mausoleos se han encontrado 25 nichos. La forma de estas *qubbas* es muy simple: un templete de cubierta a cuatro aguas con aleros pronunciados al que se accedía a través de una sola puerta franqueada por un arco seguramente de herradura.

Las tumbas responden al modelo convencional musulmán, poco dado a magnificar los enterramientos: una losa encabezada por una lápida adornada con grecas que encierran el nombre del difunto y algún texto ensalzatorio de Alá.



*El Partal, vista general. Arriba, uno de los dos Leones del estanque del Partal, que antes estuvieron situados en el Maristán.*

# El Generalife, jardín del Paraíso

## El jardín del paraíso

Esta almunia o residencia de recreo es el único ejemplar casi intacto que nos queda de lo que fueron este tipo de construcciones en época nazarita.

Concebida a la vez como jardín y huerta en una organización típicamente musulmana, su emplazamiento al norte de La Alhambra y frente a la vega granadina es otro exponente de la fusión con la naturaleza que presidió las construcciones del último reino islámico español.

Su nombre, además, nos la presenta envuelta en el mismo componente espiritual que hemos encontrado en el resto de las zonas residenciales de La Alhambra.

Generalife o *Yannat-al-Arif* significa «el más noble de los jardines» o «el jardín del paraíso alto». Si olvidamos la altisonancia con que suelen definirse las cosas en el mundo islámico, la raíz de esta denominación deja entrever el anhelo, rastreado ya en el Patio de los Leones, por reproducir los goces prometidos por el Profeta en el Paraíso.

Por otro lado, la distribución de los dos conjuntos es muy similar: sobre un patio central ajardinado, el *arriat*, más largo que ancho, se levantan dos pabellones, uno a cada extremo, unidos por corredores que se abren, en el caso del Generalife, al paisaje.

Este esquema, citado como ideal por tratadistas musulmanes coetáneos, tiene en el agua su componente vital, fluyendo por todo el recinto según el capricho del proyectista.

En El Generalife, ejemplo de integración arquitectónica en el paisaje, la grandeza no está en el lujo de la construcción ni en la magnificencia de los jardines, sino en la hábil disposición de todo ello.

Rodeado en su día por huertas propiedad de la familia real y que servían para su manutención, a él se accedía desde La Alhambra por el camino fuertemente defendido que se abría en la Puerta de Hierro de la Alcazaba.

Girado ligeramente en relación a la trayectoria solar para aprovechar mejor la luz, su entrada se encuentra en el pabellón del Este, articulado en dos patios alrededor de los cuales se encuentran las dependencias utilizadas casi con certeza por la servidumbre.

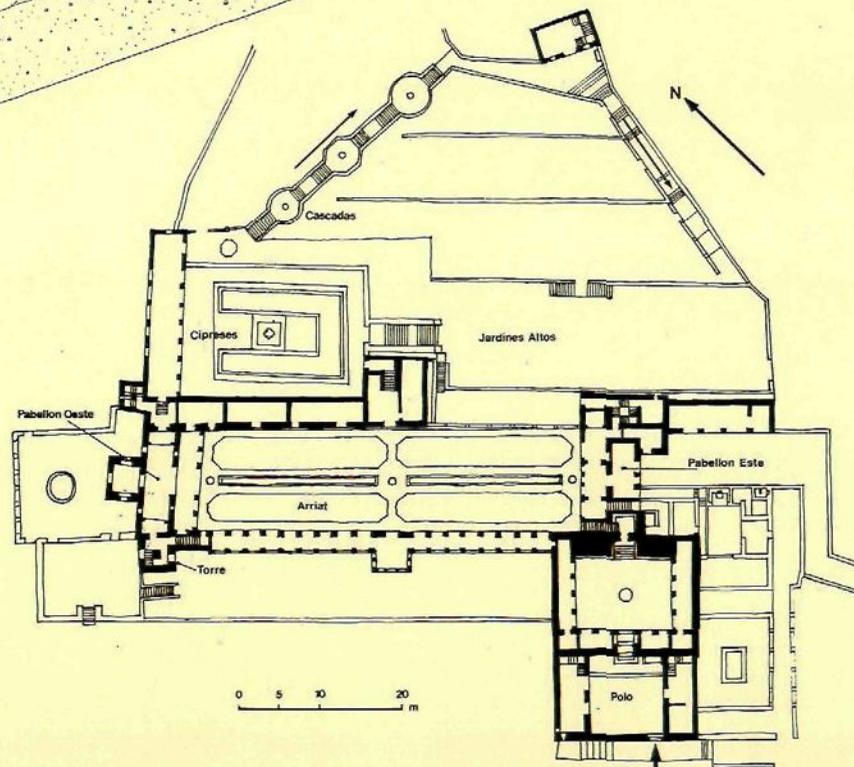
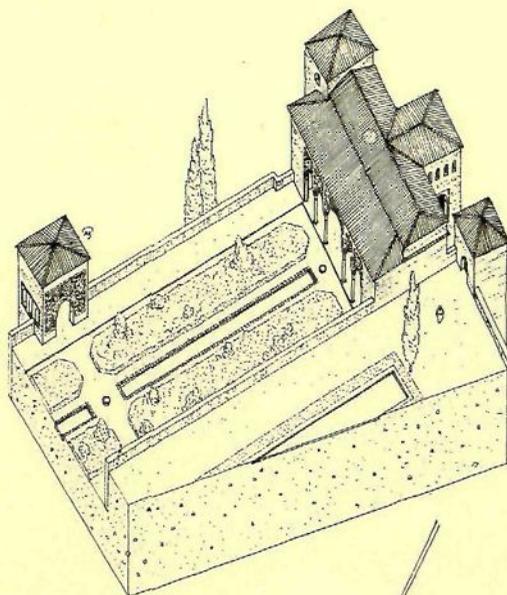
El primero, llamado de Polo, servía para dejar en él las caballerías antes de adentrarse en el segundo, antesala del *arriat* o patio ajardinado principal.

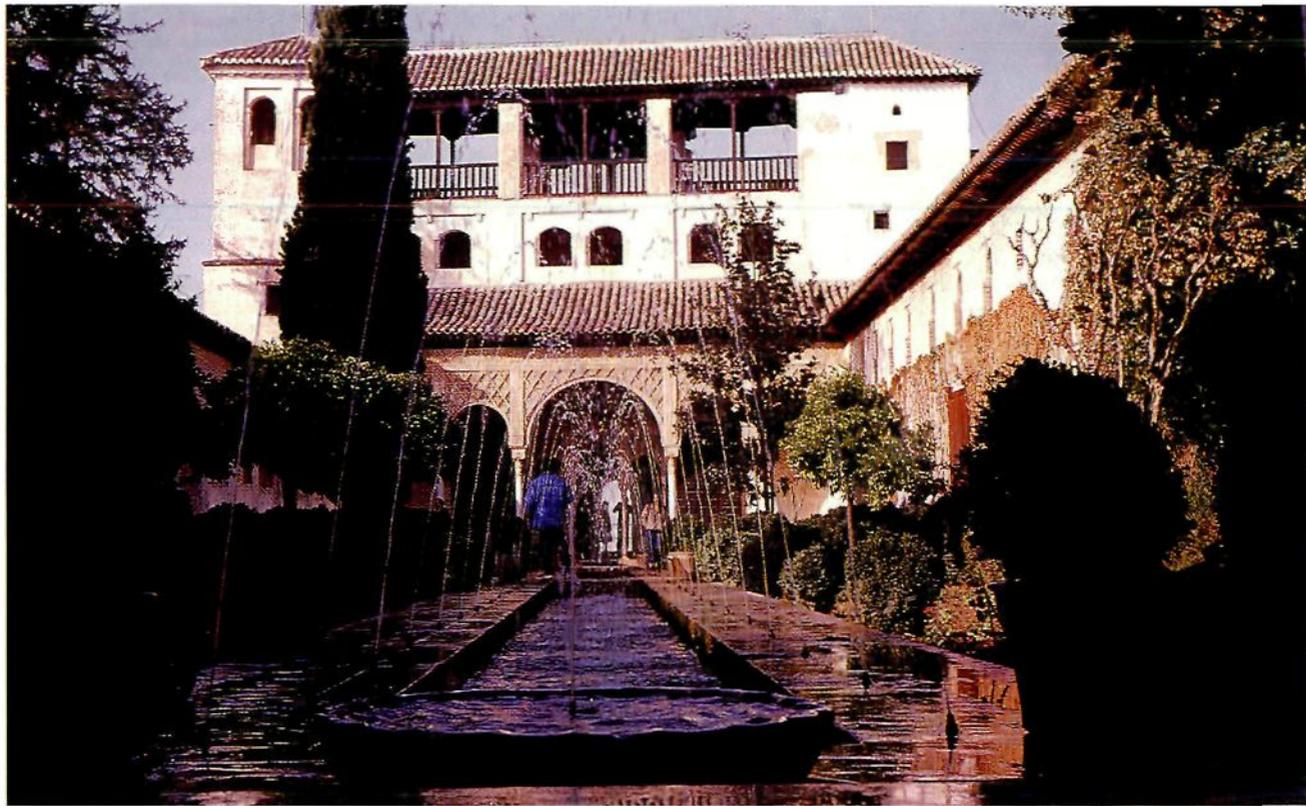
El *arriat* se compone de un espacio central abierto que corre paralelo a las terrazas que lo ciñen por el norte y el sur. Su eje está ocupado por una alberca estrecha dividida en dos tramos por un crucero que en su día pudo tener un cenador o templete, aunque no está bien documentado.

La alberca central es el alma del patio jardín. De sus lados surgen una serie de surtidores que forman una trama de arcos de agua complementada por los setos que, a sus lados, se extienden hasta los corredores paralelos a las terrazas.

A la altura del crucero de la alberca, el mirador sur forma un pabellón enfrentado al panorama de La Alhambra por medio de tres ventanales de medio punto.

*Planta general del Generalife en la actualidad. Las flechas de la Escalera de las Cascadas y de la Escalinata de la derecha indican el sentido de la pendiente. Al lado, una posible reconstrucción del pabellón Oeste antes de las reformas cristianas. Con menos altura, su semejanza con el Partal es grande. El corredor porticado del arriat seguramente no existía y si únicamente el mirador situado a mitad del patio.*





El pabellón oeste era el utilizado como zona noble. Similar al Partal en cuanto a distribución, a él se accede a través de un pórtico de cinco arcos en yesería labrada sostenidos por columnas de los cuales el central es mayor que los laterales.

A continuación se abre otra arquería de igual distribución, pero con tres arcos, que sirve de entrada al pabellón que rodea a la torre mirador.

El conjunto está muy cambiado respecto al original. El edificio actual tiene la misma altura que la primitiva torre debido a las dos plantas añadidas a la sala baja en el siglo XVI. Lo mismo sucede con la galería sur del arriat. Abierta al paisaje, posteriormente se porticó, perdiendo el arriat gran parte de su transparencia.

Del mirador oeste, dividido interiormente en habitaciones por medio de arcos de mocárabes, se pasa a través de unas escaleras al llamado Patio de los Cipreses situado al Norte y limitado por una galería levantada en fechas posteriores a la época nazarita. Este patio está formado por una alberca en forma de U que rodea a otra cuadrada adornada por una fuente.

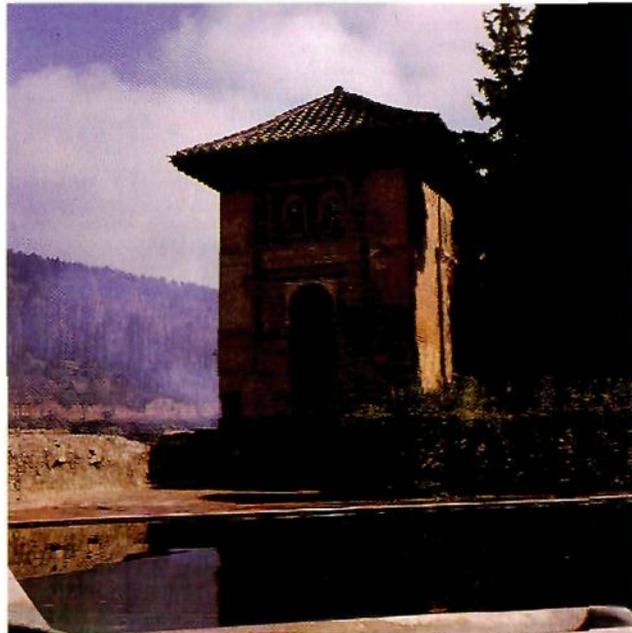
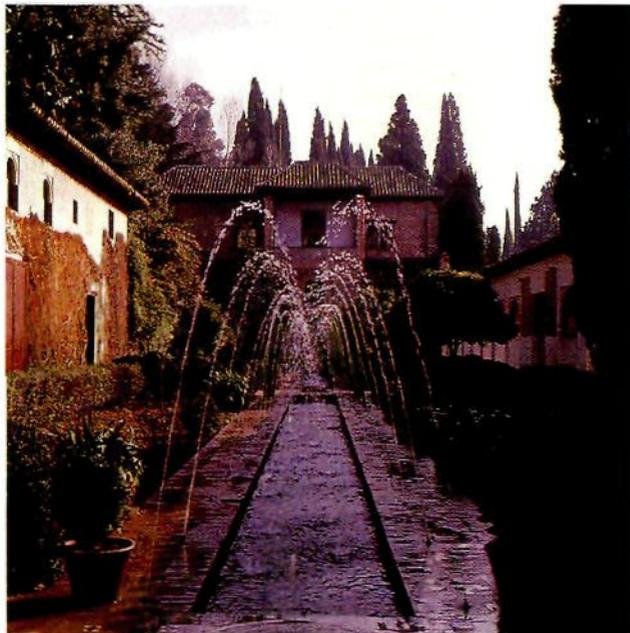
Siguiendo hacia el Norte, nos encontramos con uno de los rincones más bellos del Generalife, la escalera de las Cascadas, en la que los canalillos de agua van contorneando los pasamanos aprovechando el desnivel del terreno. Dividida en tres tramos por descansillos con estanques centrales, esta ingeniosa escalera conducía a un oratorio hoy desaparecido, pero que respondería al esquema de los existentes en La Alhambra.

La existencia de este oratorio hace pensar en la escalera como en particular fuente de abluciones. En este supuesto, el recorrido desde la parte residencial hasta el oratorio se convertiría en un camino purificador del creyente antes de realizar sus oraciones, al irse limpiando interna y externamente por el agua que a sus lados discurría, dotándole de una paz espiritual preparatoria para su contacto con la divinidad.

El resto de las dependencias del Generalife han desaparecido. Sobre ellas y las huertas que contenían se han levantado una serie de jardines de diversos estilos, pero que, generalmente, siguen el modelo árabe.

El arriat también ha sufrido cambios. Desfigurado por la óptica romántica, hasta la década de los cincuenta de nuestro siglo no se restituyó su distribución original, cortando la alberca con el crucero que las excavaciones arqueológicas demostraron que en su día tuvo. Aún hoy se pueden ver fotografías en alguna guía turística que nos muestran el arriat ahogado por una vegetación al gusto del siglo pasado y recorrido por una alberca que recorría continuamente el eje este-oeste.

Anterior la almunia al siglo XIV, muchos de sus pabellones son más antiguos que algunos edificios de La Alhambra. Las inscripciones del pabellón este hacen referencia a las reformas que el sultán Ismail I abu Walid hizo con motivo de una importante victoria sobre los ejércitos cristianos en 1319, desconociéndose cualquier otra referencia.



Arriba, Pabellón Oeste del Generalife. Abajo, izquierda, Pabellón Este. A la derecha, oratorio del Partal. El del Generalife debió ser similar.

# Relación de términos y Bibliografía

**ABACO:** Pieza de forma tronco-piramidal invertida que se agrega al capitel de la columna para ampliar su superficie de sustentación.

**AJIMEZ:** Celosía de madera adosada a una ventana.

**ALFAGRA:** Canalillo o acequia pequeña.

**ARCO ANGRELADO:** El que presenta pequeños relieves dentados en sus bordes.

**ARCO DE HERRADURA:** El definido por uno o varios arcos de circunferencia cuya línea de impostas se halla por debajo del centro de dichas circunferencias.

**ARCO DE HERRADURA APUNTADO:** El de herradura definido por dos curvas que se cortan en la clave.

**ARCO DE MEDIO PUNTO:** El definido por media circunferencia.

**ARCO DE MEDIO PUNTO PERALTADO:** El que se amplía por debajo de la media circunferencia con dos líneas rectas.

**ARRIAT:** Patio ajardinado dotado generalmente de estanques.

**ATAURIQUE:** Relieve en yeso con motivos florales y vegetales.

**BOVEDA:** Techumbre de albañilería o piedra de forma arqueada.

**BOVEDA ESQUIFADA:** La que parte de una base rectangular y está formada por paños de superficie curva.

**CLAVE:** Pieza central de un arco.

**DECORACION DE LAZO:** La realizada con motivos geométricos entrelazados, partiendo generalmente de polígonos estrellados.

**HAREM:** Parte más privada de la vivienda o residencia musulmana.

**MIHRAB:** Nicho situado en el frente de las mezquitas u oratorios orientado a La Meca y desde el cual el imán dirige la oración.

**MUQARNA:** Especie de estalactita de formas geométricas cuya parte inferior es más estrecha que la superior. Jugando con su distribución se pueden abovedar techumbres prescindiendo de superficies curvas.

**QUBBA:** Mausoleo islámico, utilizado para depositar en él los restos de personas ejemplares o miembros de la nobleza.

**SERRALLO:** Zona de la residencia de la autoridad civil islámica utilizada para las recepciones y actos públicos.

## Bibliografía

Menéndez Pidal, Ramón: «Historia de España». Espasa Calpe, tomo XVII.

Menéndez Pidal, Ramón: «Historia de España». Espasa Calpe, tomo XIV.

Sánchez Albornoz, Claudio: «La España musulmana». Espasa Calpe, S. A., tomos I y II.

Jorge Ventura: «Historia de España». Plaza & Janés, S. A. Editores, tomo II.

Montgomery, Watt: «Historia de la España islámica». Alianza Editorial.

Cahen Claude: «Historia Universal: el Islam». Siglo XXI.

J. N. Hillgarth: «Los reinos hispánicos, 1250-1516. Un equilibrio precario». Ediciones Grijalbo, S. A.

Caro Baroja, Julio: «Los moriscos del reino de Granada». Ediciones Istmo.

Chueca Goitia, Fernando: «Historia de la arquitectura española. Edad Antigua y Media». Editorial Dossat, S. A.

Angulo Iñiguez, Diego: «Historia del Arte». Tomo I.

Martín González, J. J.: «Historia de la Arquitectura».

Pavón, B.: «Estudios sobre La Alhambra».

Gallego Burín, Antonio: «La Alhambra y el arte granadino».

Grabar, Oleg: «La Alhambra: Iconografía, formas y valores». Alianza Editorial.

Antequera, Marino: «La Alhambra y El Generalife».

Bermúdez Pareja: «La Alcazaba y la Torre de La Alhambra».

Gallego Burín, Antonio: «La Alhambra de Granada».

Viñas Millet, Cristina: «La Alhambra de Granada, tres siglos de Historia».

Bermúdez Pareja: «La Alhambra, La Alcazaba y Medina».

Bermúdez Pareja: «Palacios de Comares y Leones».

Bermúdez Pareja: «Pinturas sobre la piel de La Alhambra de Granada».

Bermúdez Pareja: «El Patal y La Alhambra Alta».

Bermúdez Pareja: «La Alhambra, El Generalife y torres».

Conte Oliveros, Jesús: «La Alhambra de Granada».

Seco de Lucena, Luis: «La Alhambra de Granada».

Seco de Lucena, Luis: «La Granada nazarí del siglo XV».

Villarreal, Ricardo: «La Alhambra y El Generalife».

Contreras, Rafael: «La Alhambra».

Gómez Moreno: «Granada en el siglo XIII».

Pérez Olivares, Rogelio: «La Alhambra de Granada».

Angulo Iñiguez: «Historia del Arte». Tomo I.

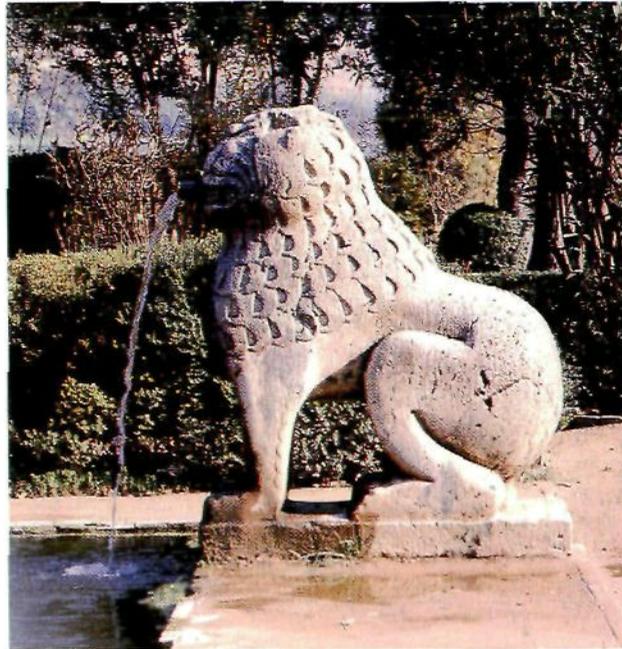
Sebastián López, Santiago: «Mensaje del arte medieval». Ediciones El Almendro.

Mandel, Grabele: «Cómo reconocer el arte islámico». Editorial Médica y Técnica, S. A.

Vicens Vives, J.: «Historia de España y América: social y económica». Editorial Vicens Vives.

Ramos Oliveira, Antonio: «La Edad Media». Ediciones Oasis, S. A.





MINISTERIO DE EDUCACION Y CIENCIA  
Secretaría General Técnica  
Servicio de Publicaciones



MINISTERIO DE CULTURA  
Dirección General de Bellas Artes y Archivos  
Centro Nacional de Información Artística, Arqueológica y Etnológica